

La Gaceta Literaria

AÑO I. Madrid, 15 de Abril de 1927. NUM. 8.

Dirección-Administración: Canarias, 41. Teléfono 10.820

Redacción: Calle de Recoletos, 10. Teléfono 52.507

Toda la correspondencia dirijase al

Apartado de Correos núm. 7.081

Se reciben suscripciones en las principales librerías

ibérica: americana: internacional

LETRAS-ARTE-CIENCIA

Periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

DIRECTOR-FUNDADOR: E. Giménez Caballero

SECRETARIO: Guillermo de Torre

30 CÉNTIMOS

SUSCRIPCIÓN España y Países del
Convenio postal
ANUAL..... 7,50 ptas.
Extranjero..... 10,00 —

TARIFA DE ANUNCIOS... 75 céntimos la línea del cuerpo 8.
Polizas de suscripción.
Descuentos: trimestre, 10 %
semestre, 15 %
anual, 20 %

Madrid meridiano intelectual de Hispanoamérica

Al mismo tiempo que en el "Diálogo de las lenguas" va precisándose nuestro criterio, con referencia a Cataluña y a las demás lenguas peninsulares, interesa especialmente a LA GACETA LITERARIA fijar y delimitar su actitud respecto al ángulo específicamente americano de nuestro objetivo triangular. Afirmado ya nuestro iberismo, aludimos ahora a la América de lengua española, a Hispanoamérica, a los intereses intelectuales de aquella magna extensión continental, en su relación directa con España.

Adviértase el cuidado con que evitamos escribir el falso e injustificado nombre de América Latina. Nombre advenedizo que, unas veces por atolondramiento, y otras, por un deslíz reprochable—haciendo juego a intereses que son antagónicos de los nuestros—, ha llegado incluso a filtrarse en España. Subrayamos intencionadamente esta previa cuestión del nombre, porque, de su simple análisis y correspondiente crítica, han de brotar algunas de las reflexiones que hoy nos proponemos explicar. No hay, a nuestro juicio, otros nombres lícitos y justificados para designar globalmente—de un modo exacto que selle los tres factores fundamentales: el primitivo origen étnico, la identidad lingüística y su más genuino carácter espiritual—a las jóvenes Repúblicas de habla española, que los de Iberoamérica, Hispanoamérica o América española. Especialmente, cuando se aluda a intereses espirituales, a relaciones literarias, intelectuales o de cultura. Ya que en la América hispanoparlante—he ahí, en rigor, la denominación exacta para estos fines, puesto que los vínculos más fuertes y persistentes no son los raciales, sino los idiomáticos—, puede afirmarse paladinamente que todos los mejores valores de ayer y de hoy—históricos, artísticos, de alta significación cultural—, que no sean españoles, serán autóctonos, aborígenes, pero, en modo alguno, franceses, italianos o sajones.

Eliminemos, pues, de una vez para siempre, en nuestro vocabulario, los espúreos términos de "América Latina" y de "latinoamericanismo". Darlos validez entre nosotros equivaldría a hacernos cómplices inconscientes de las turbias maniobras anexionistas que Francia e Italia vienen realizando respecto a América, su capa de latinismo. Estaríamos, en último caso, conformes con ese latinismo—del que en buena teoría somos indubitables copartícipes—si este aparente lazo ético abarcara también, como es debido, a España. Pero obsérvese que en el latinismo intelectual que practican nuestras vecinas europeas, España y sus más auténticos exponentes, quedan siempre al margen o haciendo un papel muy borroso y secundario. El latinismo intelectual entraña no menores peligros que la influencia sajona en el plano político. Basta ya, por tanto, de ese latinismo ambiguo y exclusivista. Basta ya de tolerar pasivamente esa mermada de nuestro prestigio, esa desviación constante de los intereses intelectuales hispanoamericanos hacia Francia!

Frente a los excesos y errores del latinismo, frente al monopolio galo, frente a la gran imitación que ejerce París cerca de los intelectuales hispanoparlantes tratamos de polarizar su atención, reafirmando la valía de España y el nuevo estado de espíritu que aquí empieza a cristalizar en un hispanoamericanismo extracéfalo y eficaz. Frente a la imitación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España. Madrid: punto convergente del hispanoamericanismo equilibrado, no limitador, no coactivo, generoso y europeo, frente a París: reducto del "latinismo" estrecho, parcial, desdén de todo lo que no gire en torno a su eje. Madrid: o la comprensión leal—una vez desaparecidos los recelos nuestros, contenidas las indiscreciones americanas—y la fraternidad desinteresada, frente a París: o la acogida marginal y la lenta captación neutralizadora...

He ahí las profundas y esenciales diferencias de conducta que separan el latinismo y el panamericanismo del hispanoamericanismo. Mientras que los dos primeros significan, en términos generales pero exactos, el predominio de Francia o de los Estados Unidos, este último no representa la hegemonía de ningún pueblo de habla española, sino la igual de todos. Tanto en la esfera política y social, como en el plano estrictamente intelectual. ¿Qué vale más, qué prefieren los jóvenes espíritus de Hispanoamérica? ¿Ser absorbidos bajo el hechizo de una fácil captación francesa, que llega hasta anular y neutralizar sus mejores virtudes nativas, dejándoles al margen de la auténtica vida nacional, o sentirse identificados con la atmósfera vital de España, que no rebaja y anula su personalidad, sino que más bien la exalta y potencia en sus mejores expresiones?

Pues ha llegado el momento de manifestar netamente nuestro criterio. No podemos ya contemplar indiferentemente esa constante captación latinista de las juventudes hispanoparlantes, ese cuantioso desfile de estudiantes, escritores y artistas hacia Francia e Italia, eligiendo tales países como centro de sus actividades, sin dignarse apenas tocar en un puerto español, o considerando, todo lo más, nuestro país como campo de turismo pintoresco. De ahí la necesidad urgente de proponer y exaltar a Madrid, como el meridiano intelectual de Hispanoamérica. A nuestro juicio, las nuevas generaciones de estudiantes e intelectuales debieran romper con la corriente errónea de sus antepasados, apresurándose a penetrar en la atmósfera intelectual de España, seguros de que aquí pueden hallar, no sólo una cordial acogida, sino hasta merecer una atención auténtica—más desinteresada y eficaz que la que encuentran, por ejemplo, en París, representada por media docena de hábiles aprovechadores del "latinismo".

Que nuestro hispanoamericanismo, que el criterio de LA GACETA LITERARIA, en este punto cardinal de vitalidad expansiva, es absolutamente puro y generoso y no implica hegemonía política o intelectual de ninguna clase, lo evidencia el hecho de que nosotros siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española. Y esto, no por un propósito anexionista reprochable, sino por el deseo de borrar fronteras, de no establecer distinciones, de agrupar bajo un mismo común denominador de consideración idéntica toda la producción intelectual en la misma lengua; por el deseo de anular diferencias valoradoras, juzgando con el mismo espíritu personas y obras de aquí y de allá, y de allí el Atlántico.

Esta nivelación de relaciones de países y culturas heterogéneas tiene más importancia y trascendencia, es más revolucionaria de lo que a primera vista parece. Pues presupone la rectificación de un estado de cosas y la instauración de un nuevo espíritu amistoso entre dos mundos fraternos. ¿Para qué engañarnos? Como somos jóvenes y a los jóvenes espíritus hispanoamericanos nos dirigimos, mejor que acudir a las habituales y diplomáticas perifrasis, es hablarlos con valentía y sin rebozos. Creemos que nuestros amigos de allí del Atlántico nos agradecerán un planteamiento sincero de esta vitalísima cuestión, que hoy sólo tenemos espacio para bosquejar. Pues bien, digámoslo claramente: hasta hace poco tiempo la producción intelectual hispanoamericana, no sólo era poco conocida entre nosotros—ya que ninguna publicación, antes de LA GACETA LITERARIA, recogía sus novedades al día—, sino que hasta sufría cierto descrédito. ¿A qué atribuir esto? Pues no a otra cosa, en gran parte, que a los efectos contraproducentes usados en el sector específicamente literario por los torpes excesos del hispanoamericanismo infuisto, que ha venido prevaleciendo hasta hace poco. Banquetes y cachupinadas, tremolar de banderas, fuegos de artificio retórico y disparos de magnesio habían alejado a España—la España intelectual, más joven y exigente—de América, en sus valores contemporáneos, en vez de aproximárnoslos.

Además, ¿de qué ha servido tamaño estruendo verbalista, cuál ha sido, en el orden práctico, su utilidad inmediata, si nuestra exportación de libros y revistas a América es muy escasa, en proporción con las cifras que debiera alcanzar, si el libro español, en la mayor parte de Suramérica, no puede competir en precios con el libro francés e italiano; y si, por otra parte, la reciprocidad no existe? Esto es, que sigue dándose el caso de no ser posible encontrar en las librerías españolas, más que, por azar, libros y revistas de América.

He ahí algunos de los puntos concretos cuya resolución es urgente. Si nuestra idea prevalece, si al terminar con el dañino latinismo, hacemos a Madrid meridiano de Hispanoamérica y atraemos hacia España intereses legítimos que nos corresponden, hoy desviados, habremos dado un paso definitivo para hacer real y positivo el leal acercamiento de Hispanoamérica, de sus hombres y de sus libros.

SUMARIO

Pág. 1.—EDITORIAL: MADRID, MERIDIANO INTELLECTUAL DE HISPANOAMÉRICA.—E. GIMÉNEZ CABALLERO: MANÍAS DE LOS ESCRITORES: LA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. EL PREMIO FASTENRATH.—LAS LETRAS ESPAÑOLAS EN EL EXTRANJERO.
Pág. 2.—M. FERNÁNDEZ ALMAGRO: SANTIAGO-ALBERDI.—ROGELIO BUENDÍA: ESTACIÓN GONGORINA.—BENJAMÍN JARNES: LEYENDO "EL IDIOTA".—POSTALES IBERICAS.—UN NOVELISTA NORTEAMERICANO.
Pág. 3.—SEBASTIA GASCHE: EL PINTOR JUAN MIRÓ.—SEFARDISMO, por JOSÉ M. MILLÁN.—POSTAIS DE LISBOA.—LITERATURA CATALANA.—EDGAR NEVILLE: JUDIT Y HOLOFERNES (tragedia).

Pág. 4.—ESCAPARATE DE LIBROS.—LIBROS ESPAÑOLES, AMERICANOS, YANKIS, FRANCESES.—LA QUINCENA BIBLIOGRÁFICA IBERICA, AMERICANA E INTERNACIONAL.
Pág. 5.—TEATRO: CARMEN BAROJA: MEMORIAS DE "EL MIRLO BLANCO".—ARTE: MARIA LUISA NAVARRO: BON EN EL LYCEUM.—LOS ESTUDIANTES: ENRIQUE LA FUENTE: FELIPE II Y LA UNIVERSIDAD.—POSTALES INTERNACIONALES.—POSTALES AMERICANAS.
Pág. 6.—CINEMA: A. G. SOLALINDE: LOPE DE VEGA Y EL CINEMATÓGRAFO.—MÚSICA: M. ARCONADA: CONCIERTOS DE PRIMAVERA.—CRÍTICA DE CONFERENCIAS.—ANUNCIOS.

MANÍAS DE LOS ESCRITORES

LA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(LOS VECINOS)

Por E. Giménez Caballero

Ignoro la solución que el comunismo ruso habrá dado al problema social del poeta lírico. Mientras no la conozca, no podré sumarme en contra ni en por del sistema bolchevista. Es muy posible que el bolchevismo, con cautela de zorro azul de la estepa, haya soterrado este problema: el único serio (más capital que el capitalismo) surgido ante una ideología comunista. ¿Qué hacer con quien nada quiere en común con los demás? ¿Qué hacer con una conciencia lírica? Por mi parte —modesta y privada solución que a nadie ofrezco—, yo tenía la mía. Y la tengo. Para cuando en la vida me acontezca el raro y atroz caso de tropezarme con un lírico, yo no lo equivocaré. No asustarme. Persignarme. Y—di-

ni en sus manos, ni en su corbata, ni en su voz. Sino en la capilaridad bucal. Donde todos los lepidópteros poseen radicadas, según los entomólogos, las células del gusto. En la barba. Por aquella pámbara, de una oleosidad exquisita, era por donde manaban, sin duda, los versos de Juan Ramón. Era donde estaba concentrada la esencia de su ser. Y sólo así se comprendía su figura, el significado natural de su figura en el mundo de los seres: un esbelto cuerpo obscuro en anillos, que, sin necesidad de manos ni de pies, girovaga la cabeza por el aire, entre las cuatro paredes de una enramada, hacia un cenit invisible, segregando hilillos suaves y contrátiles (que se han de transformar en oro y mariposa), hilillos cuyos ves-



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

¿Necesité yo acaso de algún vivo en la vida?

¡Olvído, soledad; tan grato aquí, despierto! J. R. J.

rigiéndome valientemente hacia él—reducirle a la familia de los lepidópteros.

Así que—cuando uno no hace mucho tiempo—me vi obligado a afrontar, a pesar de todos los esfuerzos hechos hasta entonces, la persona lírica de Juan Ramón Jiménez, la primera defensa (y curiosidad) que tuve fue buscar su espiritrompa.

De ningún escritor de España me había interesado tanto no estrechar la mano como a Juan Ramón Jiménez. Desde adolescente (como tantos otros adolescentes españoles) uno había adquirido los capullos de oro, rosas, malvas y blancos que este supremo insecto lírico de la península tejía primavera y otoño. Pero, a diferencia de la mayoría de esos adolescentes, evité siempre el curioso cómo estaba laborada aquella mágica seda y cuál era la figura física y social de su operario. Colocaba los ovillos, color de huevo y sol, como gomas frutales de un pleno mediodía, sobre la mesa de mi cuarto y esperaba el momento de la postr transformación: el vuelo de la crisálida; la fugacidad de oro; la poesía. Pero la vida es así. Y estar dispuesto a los mayores contratiempos y desventuras, es sobrepasarlos ya en parte. Tal vez por esta disposición estoica, natural en uno, no tuvo caracteres de catástrofe mi inicial relación con Juan Ramón Jiménez el otro día. En su propia enramada. Cuando, por presiones circunstanciales, me vi empujado a entrar en el enrejado de sus movimientos, de sus palabras, de sus hilos de seda. Sin remedio.

Nos quedamos mirándonos atentamente. Él, con la atención felina del sorprendido. Yo, con la calma del que, ya en el terreno del contrario, está dispuesto a jugarse la piel. Recién mudado de casa (una de las mudas inevitables que hace la larva de la seda periódicamente), tenía aún en desorden su rincón y se excusaba. Yo no le hice gran caso a esta excusa. Mi reflector atento, se había detenido sincrónicamente en su voz, en su corbata y en sus manos. ¿Dónde estaba la espiritrompa? Su voz sabía de un oboe metido en un pozo seco de mil metros. Una voz de música triste, suave y melancólica, suspirada por un demonio arcanístico. Una voz ante la que no había más remedio que sacar el pañuelo para enjugársela: lágrimas de paraíso perdido. Su corbata era la saga negra que por el pozo fangoso rodaba la garrucha para buscar la voz de ángel caído. Y sus manos: las manos de Juan Ramón Jiménez, inmóviles, en línea pura, dilatadas, en dibujo de Ingres potenciado por Picasso, tocaban el violonchelo. (Pero, ¿dónde estaba la espiritrompa?) ¡Ah! De pronto: la encontré.

tigios de milagrosa baba fúlgida se veían en el manchón permanente de la boca: las barbas características de Juan Ramón Jiménez.

Por consiguiente: hallada la espiritrompa, todo mi valor estuvo en seguir sus ondulaciones, sus picaduras florales de corola en corola, resistiendo como mejor pudiera el espiritrompazo cuando en la mía se posara. Por consiguiente: no era ninguna sorpresa preguntar a un ser tan definido cuál sería su manía. A priori, como una ley biogénica, la conocía ya uno. ¿Cuál iba a ser la manía de un solitario en su hueco de oro sino que no se le acercase nadie a perturbar su morada mágica? Zafarse de las gentes. No consentir ninguna vecindad.

Por eso, cuando Juan Ramón Jiménez, a propósito de su muda de enramada, comenzó a relatarle sucesos de su vida con "vecinos", con inquilinos de sus otras viviendas, me pareció como ver a la oruga de seda agitar su cabeza en un amplio preluído, tendiendo la primera secreción felina al enemigo inmediato. —Me he tenido que mudar de casa porque en aquella otra casa—una cosa muy desagradable—tenía un vecino molesto.

—Lo creo.

—Figúrese. Un magistrado, que tuvo el humor de tirarme un tabique e instalarme en un sector de mi propia casa. Intenté llevarle a los tribunales. Pero ningún abogado se ha querido encargar del asunto. Estoy indignado. ¿Qué vergüenza y qué miedo el de los abogados! Pero mi venganza será una novela satírica que estoy haciendo, donde desenmascaro a las gentes que han intervenido en este enojoso asunto. —Aquí vivirá usted ahora bien, ¿verdad? Sin embargo, ¿se ha cerciorado del vecindaje? —Desde luego, creo que no me pasará como en aquella otra casa, de la que tuve que emigrar porque al vecinito de al lado le daba la ocurrencia de apoyar una mano en el muro junto al que yo trabajaba y pasársela tocando todo el día. Y, además, al encontrarme por la escalera, me preguntaba el ladrón si me molestaba. No. Esa clase de vecindad, no. Pero... ¿qué, ¿algún otro escritor en la casa? —Eso me ocurrió en una, a la que no llegué a mudarme por tal razón. Es decir, por tal razón, no. Sino por ser el escritor que era.

—¿Quién era?

—Un novelista y académico que usted conocerá. Cuya literatura quiere ser la de un hidalgo. Pero del que yo sabía que tomaba agua fría en calzoncillos todas las mañanas. Claro que no le di esta explicación a la dueña de la casa, con quien ya tenía firmado el contrato, sino que el inquilino—que allí había estado antes que yo—tenía manchas en la piel de enfermedades vergonzosas.

—Y ahora, esta casa actual, ¿qué vecindaje inquietante posee?

—Debajo de mi balcón, en la fachada, un emblema religioso, de burguesía puente, con

TRAS LA CONFERENCIA DEL LIBRO

LAS AUSENCIAS LAMENTABLES

De las mejores figuras peninsulares para esdardecer el problema del Libro en España, aparte de dos o tres asistentes, las demás enviaron a la Asamblea su hueco. Una de las tareas más conmovedoras del espectador sensible era la de sentarse junto a estos huecos en los escaños retirados. Como si se sentase junto a Convidados de Piedra, junto a fantasmas de otro mundo que no era aquel debatido allá abajo.

De estos huecos, el más acusado y eminente resultaba el de D. Nicolás María de Urgoiti, cuya sombra, como la del padre de Hamlet, pasó a lo largo del muro perfilada vagamente.

Otra gran figura en hueco grabada fué la de D. José Ortega y Gasset. Que, por su doble condición de escritor y editor, tenía doble posibilidad de asistir a la Asamblea. Pero Ortega y Gasset, por lo visto, ha desviado de sí profundamente este tema nacional. ¿Es su abstención una opinión? ¿La opinión de las ineficacias? Tal vez algún día la exprese en amplio ensayo. De desear sería.

Asimismo, se advirtió la ausencia de editores tan significados como Domingo Barnés, de *La Lectura*. De D. José Ruiz Castillo, fundador de la *Biblioteca Nueva*. De Rafael Caro Raggio. Del librero León Sánchez Cuesta. De Saturnino y Rafael Calleja...

De Domingo Barnés hemos obtenido, sin embargo, su opinión personal. (Así como la obtuvimos en el número pasado de Urgoiti y Ruiz Castillo.)

LO QUE PIENSA DOMINGO BARNÉS

"No he querido asistir a la Conferencia del Libro—dice Barnés—porque desconfiaba de su eficacia. Los autores no han estado representados. Pues el Sr. Linares Becerra ostentaba la significación de una Sociedad dramática que nada apenas tiene que ver con el Libro. La Conferencia ha sido algo lleno de particularismos, sin problemas totales y audaces. Había que esperar a otra ocasión..."

Entre los problemas no tocados para nada, y no planteados por nadie, estaba el de los *Clásicos Españoles*. ¿Una Asamblea tan patriótica y nacional no se preocupó un momento del acervo de la tradición literaria del país? El olvido fué fundamental. Por la importancia que tiene la cuestión en muchos órdenes. Yo creo que los *Clásicos Españoles* se debían subvencionar por el Estado. No hablo, naturalmente, de la colección que dirijo yo mismo en *La Lectura*. Esta colección tiene su público y se defiende sin ninguna ayuda. Sino de una *Colección popular* que se debía editar y que, indudablemente, no es negocio para una empresa privada, porque de serlo, ya lo habría hecho el *Tratado de la Expansión* de los autores clásicos de España debería ser una de las tareas primordiales de nuestro Estado en la cuestión del Libro."

EN CUARTA PLANA

LA QUINCENA BIBLIOGRÁFICA FOLLETÓN

el que no puedo estar conforme y que quizá me haga saltar también.

El haber mentado las palabras *escritor y académico* fué como una señal para que el ancho preluído de alambres se estrechara en concreciones, en figuras precisas de vecindad literaria, en enemigos mediatos.

Azorín, Machado, Maetzu, Ortega, Unamuno, Gómez de la Serna, fueron nombres que se elevaron a quedar en el fondo del bocal de Juan Ramón. Todos ellos le molestaban—lógica, biológicamente—en algo. El uno, por su originalidad perdida; el otro, por su conformismo con el ambiente; el otro, por su pernicioso influencia en la juventud; el otro, por tal cosa, por todas esas tales cosas que tenía uno ya descontentado, y que, desde el punto de vista de fírico puro, de puro lepidóptero, encontraba exactas.

No hay revistas, no hay donde decir las cosas. LA GACETA LITERARIA me parece buena. Creo que no sabe usted dirigirla como es debido.

—Como es debido a su punto de vista lepidóptero, Juan Ramón. Nosotros tenemos deberes de información. Y no gustos de selección. Haga usted la selección. Nosotros daremos la noticia. Haga usted la *Revista* que le postula su particular biología.

—Es que en seguida empiezan a faltarle originales y se me extingue la publicación cuando veces intento darla camino. Hasta que la tengo que hacer yo solo.

—Naturalmente. Ningún capullo de oro y seda se hace con el concurso social, Juan Ramón. Y usted no se quiere convencer de que la soledad pura y ex social, el laboroso sedeo en la enramada, sin clasificaciones, es su deber. Por eso su manía de "hacer una revista" es la suya de siempre, la de los vecinos. Juan Ramón: huya de los vecinos. Siempre. Trabaje su madeja. Trace su ovode rubio. Y salga al viento primaveral de la vida su crisálida papilionada, como siempre. Deje antes de morir, esos excrementos grisáceos de la reproducción, nuevas mariposas del futuro, las simientes de escuela, esos hijos péticos que ya, honrosa y gloriosamente, le rodean, de lejos. Y algunos, de cerca. ¿Cuáles más cerca?

—Bergamín, Cernuda...

—Bien. Y para el que no sea simiente suya, Juan Ramón... ¿Ese látigo y ese puñal que blande usted, ¿se ve en cuando, terriblemente? —Sí, este látigo, Mirelo. Pero para el adular. A ese le echaré a latigazos. Prefiero la gente de cara descubierta.

—Y el puñal, ¿para quién? ¿Para todos esos que le han hecho a usted algo y sobre los que usted pronuncia la frase tremenda y típica de "eso no se lo perdonaré nunca"... ¿Para mí quizá?... ¿Por haberle acercado de repente?... Para mí no. Que me salve como salvé conducto mi intención de que no quisiera disturbarme nunca. Es máximo respeto y admiración que le he venido otorgando hasta hoy (este hoy lamentable), de evitar ser "un vecino más de usted, de Juan Ramón."

—Este puñal lo recogí de un pariente mío, viejo... contestó Juan Ramón, con su cara ovoidal, serena, implacable, de palidez de luna, de blancura de seda recién tejida, mientras ponía la punta de su dedo de músico de Ingres en la punta del puñal.

—No—dijo para mí mismo, sofocando un grito y alzándolo para huir. ¡No! Porque acababa de recordar aquel verso juanramoniano, inolvidable como una maldición:

Dejo correr mi sangre, para que te persiga...

E. GIMÉNEZ CABALLERO.

EN TORNO A UN DEBATE ACADÉMICO

EL PREMIO FASTENRATH Y LA HORA ANDALUZA

El tema literario de mayor comento, en estos días españoles, es el fallo que la Academia de la Lengua ha dado al premio Fastenrath sobre la mejor novela publicada en los últimos tiempos de España. Se disputaban el premio Fernández-Florez, Gabriel Miró y Antonio Porras, como es sabido. Así como sabido es que antes de la votación académica se daba el triunfo de Miró por descontento. Su magnífica novela *El Obispo leproso*, tan elogiada por la crítica como una de las más exquisitas producciones de la literatura contemporánea española, parecía planear, con enorme ventaja, sobre los libros presentados por Fernández-Florez y Antonio Porras. En especial sobre el de este último, *El centro de las almas*, obra de un novel, en la que la atención de las minorías y del público general no recayera previa y fundamentalmente.

La misma Academia, en su primer escrutinio, fué del parecer existente en el ambiente literario de extramuros, dando el triunfo al *Obispo leproso*. Pero el premio Fastenrath ha sido concedido, en definitiva, al *Centro de las almas*, del Sr. Porras. Novela andaluza, escrita por un andaluz.

Tal fallo ha producido gran apasionamiento en los círculos literarios, viejos y juveniles del país. Se han redactado protestas contra el fallo, pidiendo su revocación. Se ha hablado de maniobras políticas e inconfesables y de mil cosas más. Nadie, hasta ahora, ha levantado su voz, justificando el proceder de la Academia. Y, sin embargo, sería la hora de intentar una justificación.

La novela de Antonio Porras, *El centro de las almas*, es muy entretenida. Tanto, que, ni más ni menos, es una picecilla de los hermanos Quintero para el *Infanta Isabel*, puesta en relato, y entreverada con chistes y chascarrillos del Conde de las Navas.

Los hermanos Quintero y el Conde de las Navas, académicos y andaluces, no podían transigir que una novela tan entretenida y tan "como si ellos la hubieran escrito" perdiera terreno frente a una levantadísima, como el *Obispo leproso*, donde el lector no lograba entretenerse en ver matar conejos, poner pillos por un *grazioso* en el trasero de un burro, derribar un novillo, hacerse el amor con mucho sentimiento y emplear palabritas que empleó ya D. Juan Valera en gloriosos tiempos.

Pero sobre tales puntos tal vez hubieran transigido los andaluces de la Academia, si hubieran apretado las cosas. Ahora, sobre lo que no podían ya pasar era porque Miró hubiese titulado su obra el *Obispo leproso* sin miedo a molestar a los no leprosos, pero sí existentes en la Academia misma. Mientras que Porras, con gran respeto de las circunstancias, había interpolado en su obra una larga cita de *Las Moradas*, de Santa Teresa (única lectura de sus personajes). Y el título de su libro era nada menos que el católico verso de Argüeso: "Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?"

No importa que los admiradores de Miró repetieran el ya lugar común sobre la significación del *Obispo leproso* (y que tan bien, como siempre, ha defendido Ricardo Baeza) de que era este libro algo *claudeliano*. Pío Ortadox. El criterio andaluz prevaleció sobre el levantino. El centro de las almas solo las almas de otros centros. Y el premio Fastenrath pasó a coronar la gracia eterna de Andalucía. Andalucía se apunta un tanto más. De los que se está ya apuntando cada minuto. ¿Qué pasa en España para el rendimiento que se está tributando a esta región desde hace dos o tres años? Florece el teatro de los Quinteros. Se acentúa la literatura sobre los toros. Y en esta literatura se habla de los presidentes de los Gobiernos: Montblanch, de la suya *Bestiarios* a Mr. Doumergue. Giménez Caballero cita taxativamente a Primo de Rivera en sus *Toros*. Gómez de la Serna alude a un esquema especial de gobernar en su *Torero Caracho*. Maraño, Lafora, Castro, Pérez de Ayala, etc., nos vuelven locos habiéndonos sobre Don Juan. Finalmente, Ortega y Gasset prepara en *El Sol* un canto decimonónico—como todos los suyos—a la tierra de María Santísima... ¿Qué pasa en España? Lo cierto es que quizá no esté tan injustificado el fallo del Fastenrath como la gente cree. Es la hora andaluza. Y todos nos vamos sintiendo muy señoritos. Y muy flamenecos. ¿Qué de extraño tiene que venza en la novela, sobre un pobre poeta contemplativo como Miró, el ceceo de un flamenco señorito?

Las letras españolas en el extranjero

—Un folletito, de 14 páginas y 10 reproducciones facsimiles, titulado: *Góngora in the Library of the Hispanic Society of America, New York. Printed by order of the Trustees, 1927.*

De entre las *Revistas*, mencionaremos: Dante nel Pensiero di Don Juan Valera, por P. Mazzei, publicado en el *Annuario del R. Liceo Scientifico di Ferrara*, anno 1927; *Dorothy Schons: Some Obscure Points in the Life of Sor Juana Inés de la Cruz*, en *Modern Philology*, vol. XXIV, n.º 2; W. J. Entwistle: *Additional Notes on Luis de Leon Lyrics*, en *The Modern Language Review*, vol. XXII, 1927, n.º 1; *Leo Spitzer: Zur Kunstgeschichte spanischen Romanze, y una minuciosa reseña del libro de Artigas*. Don Luis de Góngora, por H. Petricioni en *Dies novem sprachen*, anno XXXIV, fasc. 7; J. Millé y Giménez: *Notas gongorinas*; E. Allison Peters: *Studies in the Influence of Sir Walter Scott in Spain*, y E. Buceta: *Traducciones inglesas de romances en el primer tercio del siglo XIX*, en el *numero 153 de la Revue Hispanique*, tome LXVIII; C. E. Anbühl: *Mira de Amescua and "La Ventura de la fea"*, en *Modern Language Notes*, 1927, vol. XLII, y, finalmente, J. W. Kirby consagra unas páginas a presentar la figura literaria de Antonio Machado, en *Modern Language of the month of February de 1927.*

—Después de haber traducido al italiano unos cuentos de Blasco Ibáñez, Gilberto Beccari ha traducido una novela del mismo Luis Benamor (*Pecchioni, Aquila*); Giacomo Rampolini, el *Ilustre poliglota—conoce treinta y cuatro idiomas—* ha traducido el *Alcalde de Zalamea* ("Alpes" y *Milano*); y Eugenio Mela ha hecho una nueva versión de *El Oráculo manual*, de Gracián; el claro hispanófilo ha añadido a su traducción un comentario, que será utilísimo a todos los lectores de Gracián.

En la Nueva Antología ha sido publicada la traducción de Anacronos, cuento de Horacio Quiroga. Pío Pillepich, en *La Lucerna*, dedica un largo artículo a R. Blanco-Pomboa.

RELIEVES AMERICANOS

SARMIENTO-ALBERDI

Un libro reciente de Ricardo Sáenz Hayes facilita el punto de vista sobre la actualidad del cable que nos ponga en comunicación con la sombra de Sarmiento. Y más: con las de Alberdi y Rivadavia. Magnífica falange de hombres ésta que procrea las luchas civiles y militares de la independencia americana y consolidación de cada Estado! Bueno fuera que en el primer día de la Creación se abandonase el hombre al halago de un Paraíso que se presentaba como bien inalterable y seguro. Pero, revelado ya al hombre el secreto de su destino—luchar por no servir—es preciso reaccionar—pobre el que no sepa ni quiera—contra falsos conceptos de orden y de paz que necesariamente han de agabanzarle, atornillarle y acorcharle.

De América vienen a veces el ejemplo y el estímulo. De esta o aquella América; hoy o ayer.

De antaño es Sarmiento: cuando el Romanticismo electriza la atmósfera política del mundo y América se agita por nacer a la vida de su propia conciencia.

Siendo el momento de constatación teatral, no cabe sorprenderse si los partecitos adoptaban el gesto solemne del que se siente posar ante la Historia. Grito excesivo. Además aparatoso. Frenesi que disloca líneas y hace imposible todo aplomo. Pero la Humanidad no ha sabido nunca dosificar con cabal medida. O se pasa, o no llega. O se emborrona, o se abstiene. Yo, se sabe, luego, votaré siempre contra la Humanidad, siempre y en cualquier parte, siempre y en cualquier parte.

Para la evocación de Sarmiento, ha sido precisamente Unamuno quien con mayor frecuencia ha lanzado el conjuro entre nosotros, mediante citas y alusiones al gran *Facundo*, el libro moderno en nuestra lengua que, a título más legítimo, entrañaba la tradición de los cronistas de Indias e historiadores de sucesos particulares. Y eso, cuando acá no había ni idea de cómo se tomaba la pluma para escribir Historia "d'après nature". El periodista pudo y debió recoger aquella herencia clásica. Pero no. Con ser nuestra Historia del siglo XIX más rica en sugerencias dramáticas y pintorescas—desde lo negro torvo a lo blanco inocente—no existe una sola página en la que el tema histórico contemporáneo gire sobre su eje para ofrecer al Arte el hemisferio adecuado. Ha sido menester que Valle-Inclán advenga para que la tragedia carlista e isabelina descubra su punto de viabilidad estética.

Y no es digresión. Entre Sarmiento y Valle-Inclán hay más relación de la que pudiera presumirse a primera vista. El reciente *Tirano Banderas*—cubren peson Alberdi—contiene el al que sepa prescindir, para hallar el contacto, de razones que afecten puramente a la factura literaria. En este sentido, *Facundo* y *Tirano Banderas* son tan semejantes como un adusto capote de gaucha y un sarape mejicano sobrecargado de arabesco y color. Pero el sentido de la Historia que, respectivamente, informa estos dos libros es en substancia idéntico. Quede aquí esta indicación hasta que muchos años adelante el tiempo necesite de la distancia, prebista del tiempo—algún profesor del Centro de Estudios Históricos se aplique a la tarea de alumbra las fuentes, más o menos soterradas, de *Tirano Banderas*.

El Sarmiento que interesa a Sáenz Hayes, supuesto el objeto tasadísimo de su ensayo, es el de la política, el de los caracteres del uno y el del otro nacidos para el antagonismo. Naturalmente, habían de dejarse arrebatar Alberdi y Sarmiento por el aire electrizado de entonces: justamente en las épocas de alta tensión pasional es cuando descargan en choque violento su fluido peculiar las almas de signo contrario.

En el caso concreto de la polémica entre Sarmiento y Alberdi parece mejor hablar de pretextos que de motivos. El pretexto fue usado por Sarmiento al emprender su batida de la *Campaña en el Ejército Grande* contra Urquiza y, de rechazo, contra Alberdi. El mismo Alberdi que él encomiara en la ocasión reciente de publicar las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. "Es usted—le decía Sarmiento—el legislador del buen sentido bajo las formas de la ciencia... Su libro va a ser el Decálogo argentino, la bandera de todos los hombres de corazón." Luego, más tarde, plan-

teado ya el duelo, cumplen las palabras la función de arma arrojadiza y mortal. "Escritor de periódicos, compositor de minuetos, tallador de pianos, cura y abogado, congo, salimbando, mujer, cunco, abogadillo de Montevideo y Chile, pila de la Prensa periódica..." Los insultos no hicieron perder la cabeza a Alberdi; su reacción fue noble y hábil. Podía replicar a Sarmiento con sus elogios de otra época. Y así replicó, sercamente: "No me defenderé de sus insultos dirigiéndole otros. Pero haré que me tribute 'cnniendia honorífica' y repararé así por su propio mano los ultrajes que me ha hecho usted a la verdad, a la ley y a la antigua amistad."

No importa tanto descender al detalle de la polémica como emplearla a modo de reactivo para que precipite lo substancial de su alma el autor mordaz y despiadado de *Las cinto y una* y el de las *Cartas Quilomatas*, dueño de la ironía y administrador cumplido de virtud tan difícil como la templanza. "Ni usted ni yo somos asunto bastante para distraer la atención pública," dice Alberdi a Sarmiento con escéptico y desdén. "A él, a Sarmiento, que se sabía primer actor de la Historia, émulo de un Lincoln..."

Sarmiento ejemplifica muy bien la descompostura e impresionista figura del grande hombre a la americana, según lo modelaban las necesidades de la época. La necesidad humana de poder desdoblamiento o yuxtaposición. Tribuno, diplomático, periodista, general, poeta, hombre de acción, de crítica y de gobierno: de todo un poco. Y la suma, caldeada por el fuego de una entraña herida: entraña de hombre que siente y no consiente. La lección esencial de estos caracteres no aprovecha gran cosa a las puras especulaciones de la inteligencia. Pero es lo cierto que en ellos lleva a cabal remate la Humanidad sus mejores experiencias vitales. El carácter importa mucho. Primero, "ser"; luego, todo lo demás. El ser, en cuanto fuerza de la Naturaleza, hermano del fuego o del viento, será siempre el mejor de los espectáculos.

Sarmiento forma en el pelotón de "grandes hombres medianos" que Bolívar capitanea a la resguarda de Napoleón. Pero el aboleo profundo de su alma, como sujeto de cultura, viene de la Enciclopedia. Y precisamente de Voltaire. Así como Alberdi puede ser explicado por su psicología por otro nombre: por el de Rousseau. La sugerencia del ginebrino es harito patente en la vida y en la obra de Alberdi, peregrino de París a Ginebra en busca del periume, excitante y enervante a la vez, de que impregnase aquel radio del círculo europeo el padre velleidoso de tantas cosas. Alberdi al emigrar, en todos sus viajes pagó el exceso de equipaje que carga el desencanto: "Dentro de cuatro días me voy de París a El Havre, donde debo tomar un pasaje para América. ¡Cuánto suspiro por verme en aquellos países! ¡Qué bella es la América! ¡Qué consuelo! ¡Qué dulce! ¡Ahora lo conozco..." Pero en la América nativa no encontró Alberdi la vejez serena que apetecía y necesitaba. Pasó de nuevo el mar. Y éste fue su penúltimo viaje.

Para mayor exactitud de la estampa romántica, Alberdi es ese hombre melancólico que vemos en ciento y una novelas sobre la borda de un vapor, emigrante de su Destino, en navegación continua de la nostalgia a la ilusión y viceversa. Alberdi escapó de América hacia Europa. Se repatrió muchos años más tarde. Volvió a emigrar. En todos sus viajes pagó el exceso de equipaje que carga el desencanto: "Dentro de cuatro días me voy de París a El Havre, donde debo tomar un pasaje para América. ¡Cuánto suspiro por verme en aquellos países! ¡Qué bella es la América! ¡Qué consuelo! ¡Qué dulce! ¡Ahora lo conozco..." Pero en la América nativa no encontró Alberdi la vejez serena que apetecía y necesitaba. Pasó de nuevo el mar. Y éste fue su penúltimo viaje.

Y sobrevenga aquí el punto final, puesto que no es propósito mío hacer un ensayo al lado del otro que acaba de lanzar Ricardo Sáenz Hayes en grupo con los suscritos por Rivadavia, Dario, Estrada y Rodó: más dentro del Plutarco hispanoamericano. Séales a todos propicio el Dios de las navegaciones literarias.

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO.

Las revistas de la joven Literatura

Mediodía, de Sevilla, en su número sexto, recién publicado, afina y enriquece nuevamente sus sumarios bien cerados, con la incorporación de colaboraciones plásticas y musicales: bellos dibujos de Bore y Borradas, más una página musical inédita del "Concerto", de Falla, obra recientemente estrenada por la Orquesta Sinfónica de Sevilla. En torno a esta obra y a varias cuestiones musicales del momento, hechozcanos teje agudos comentarios Rafael Porlán y Merlo, secretario de Mediodía y uno de los espíritus más valiosos que integran este equipo. J. Romero y Murube y Rafael Laffón firman las restantes notas, no menos vivaces, del "Neorama". En el texto, a destacar: poemas de Alborit, Hinojosa y Collantes de Terán. Y prosas narrativas de Juan Chabás y Pérez Ferrero.

Y verso y prosa abre su número tercero con un trozo de extraña simbología crítica, firmado por Dámaso Alonso. Prosas críticas, de Guillermo de Torre y José Bergamín. Un fragmento novelesco, de Benjamín Jarnés. Y poemas de los cuantos líricos meridionales Alberdi y Allouaguirre.

Litoral. Málaga. Un gracioso marinero, de Federico García Lorca, personifica, en la portada del número tercero de Litoral, la rosa de los vientos, emblema, en cierto modo, de la personalidad de ese dibujante y músico original, poeta permanente y personalísimo. Otros bellos dibujos, de Peinado, armonizan las pulcras páginas de Litoral, llenas, en este número, con prosas interesantes de E. Giménez Caballero, José Bergamín y Juan Chabás, a más de poemas, de Emilio Prados.

Un libro alegre y juvenil será el que lanzará en breve, bajo las banderas de la Alhambra, El Gallo del Defensor, suplemento quincenal de un periódico granadino, editado por F. García Lorca y un grupo de jóvenes escritores locales. Pero no se reducirá solamente a esta hoja su actividad literaria. Proyectan editar, asimismo, una serie de volúmenes selectos, mezclando autores clásicos y novísimos. Entre otros títulos, como de próxima aparición, se anuncian los siguientes:

"El Paraíso cerrado", de Soto de Rojas, con motivo del centenario gongorino. Una versión de la "Oda a Picasso", de Cretacul, con reproducciones escogidas del primero. "Acteón y Diana", de Mira de Amescua.

— La Revista de las Españas, interesante publicación mensual, editada por la Unión Iberoamericana, contiene, en su último número, de Enero y Febrero, entre otros, los siguientes trabajos:

Nuevas notas médicas sobre la pintura del Greco, por Gregorio Marañón. Recuerdo de Cuba: Las Sociedades españolas de La Habana, por Antonio Goicoechea.—Nuevo descubrimiento de España. La ría de Bilbao, por Marol.—Crónica literaria de Portugal, por Augusto D'Esquy.—La doctrina Suárez y su posible influencia en el porvenir de América, por J. M. Doussinague.—La lengua y la cultura de España en Italia, por Juan Chabás.—De la lucha civil en Nicaragua, por Andrés Revesa.—Concepto del iberoamericanismo, por A. Fabra Rivas.—Revista literaria ibérica, por E. Giménez Caballero.—Revista literaria americana, por Guillermo de Torre.

ABOGADOS: Tenéis en vuestra biblioteca, la imprescindible obra de consulta "CUERPO DEL DERECHO CIVIL ROMANO" de I. L. García del Corral. Son 6 soberbios tomos en 4.º mayor y su precio es de 183 ptas. encuadernado y 150 en rústica. Puede adquirirse a plazos. Pedid prospecto y contrato a nuestro librero o a Editorial Lux Consejo de Ciento, 347.

BARCELONA

LA RULETA LITERARIA

La primavera entrante se traduce literariamente en una erupción, en un sarapullido de premios. Aun siguen los comentarios aborrecidos que ha promovido la división triple del premio que, reglamentariamente, debiera haber sido uno e indiviso: el del Concurso Nacional de Literatura. Pérez de Ayala, que en realidad, y a pesar de todo, resulta el autor monetario, jerárquicamente más favorecido, se ha embolsado la porción mayor del premio. Fernández Flórez le ha imitado con su desprendido humorismo. Unicamente, Doña Concha Espina, sintiendo no sabemos qué aparentes escrúpulos de dignidad, ha renunciado al importe. ¡Ha renunciado de verdad! No; eso parece, eso puede creer el lector; pero lo que la señora Espina ha hecho es percibir la porción que le correspondía y luego, en uso de su libérrimo derecho, lo mismo que podía haberlo gastado en renovar su guardarropa, lo ha invertido en una donación al Lyceum Club Femenino de Madrid, con destino al monumento de Cervantes.

He aquí otro nuevo premio que continúa dignamente esta cadena de desaguisados y mezcla de sus monedas en esta tolvenera primaveral de pestas a la rebatifa. ¿Cuál es el mejor artículo periodístico publicado en el año 1926? La respuesta depende de quien lo pregunte y al que se pregunte. Siendo el interrogador A B C, ya pueden figurarse ustedes que la respuesta propicia ha ido a beneficiar a alguno de sus más distinguidos proveedores retóricos: al montañés pedagogo Sr. Siurot, autor de un delicioso artículo—muy propio para inscribir como exergo en las paredes de un salón—Concurso de última hora, premio bipartito, pero de concesión, por un lado, excepcionalmente acertado, es el que acaba de fallar El Imparcial en su concurso de cuentos. Nos referimos a un novel valioso, a José Díaz Fernández, escritor de ímpetu y de agilidad, que, habiendo obtenido un premio de 500 pesetas. Otra idéntica atribución ha recaído en el señor López de Sáa.

Como el legendario Ulises en sus periplos, J. O. Curwood, ha conocido muchos pueblos y descubierto muchas costumbres, más allá de las comarcas civilizadas. Conviene con los esquimales de la región boreal, ha adquirido, sobre sus usos y costumbres, preciosos conocimientos, de los que se ha servido muy hábil-

ESTACIÓN GONGORINA

Góngora, autor de la creación pura en la lírica moderna

Muchas veces se ha hablado de la paternidad de la lírica actual y se ha dicho que nuestro padre es Mallarmé y nuestro abuelo quintaesiano D. Luis de Góngora. Ahora, que es la hora del racionero de Córdoba, todos son ditiambos al autor de las *Soledades*, y se celebrará su centenario con su golpe de "Corona Poética" y de ediciones prohibidas por vates que se dicen hijos directos de D. Luis y que tienen ahora por patrón poético la perceptiva gongorina.

Nosotros, amigos del siberita degustador de horizontes, estrechamente unidos al Góngora de las claras luces metafóricas, de las transparencias creacionistas del obscuro y luminoso cantor del "Polifemo", pedimos para él el título de único Hermes, padre del cosmos poético de hoy. Porque nadie como él supo inmiscuir al aliento humano de la lírica el sentido cosmogónico y sobre todo, cosmogónico, cosa que quisieron descubrir con el fracaso y la creación pura y que dejó ya creado nuestro poeta andaluz. Es decir, que Góngora es un creacionista consciente, "produit de la Nature, suit dans ses produits indépendants le même ordre et les mêmes lois de la Nature", como dijo el autor de "Tour Eiffel", al definir el creacionismo.

En las *Soledades* encontramos imágenes como ésta:

Que el pájaro de Arabia cuyo vuelo arco alado es del cielo.

La contextura de esta metáfora desdoblada tiene la gracia de cualquiera de las modernas figuras estereoscópicas, cajas encantadas de doble, triple y hasta cuadruple fondo. Ved, si no, como esta figura de un poeta moderno es ésta:

Las estrellas del oasis nos darán miel de sus dátiles

se puede comparar y parangonar con la antedicha metáfora gongorina.

Y no es el conceptismo, lo retorcido de la idea, el abigarramiento de vocablos cultos, la polimora teoría mitológica, lo que nos da el perfume moderno de Góngora. Para los parnasianos, esta faceta barroca y neoclásica de nuestro poeta, espesa y opaca, como la obscuridad de que nos habla José Bergamín. Para nosotros, la modernidad de Góngora estriba en la sencillez, con la que despliega su paño de colores de las metáforas, en la música contrapuntística de algunos de sus romances, donde la métrica se desvía del canon clásico, y entregamos las otras modalidades a los eruditos, sin que por ello dejemos de gustar de esta luminaria, como gustas, como gusta el dulce y amargo alambir de un dulce requemado.

Es donde el poeta cordobés pone su firma de creador de naturaleza, donde nos entusiasma, en los juegos de mundos nuevos con los que siembra el azul prusia de sus "glorias" taladradas de estrellas, donde

...la primavera calzada abríles y vestida mayos, centellas saca de cristal undoso a un pederal orlado de narcisos;

donde fluye el río de su "gracia" bética de chopos calle y de álamos carrera.

En estas imágenes de río, de río que peina puentes y pinta barcas cantoras sobre sus lomas enjanzadas y donde

...fanal es cada onda luz el reflejo, el agua vidriera.

y es donde hay un árbol viejo y robusto que ha muchos años que el Betis le calza el pie de cristal,

figura ésta que ha encontrado eco en Pierre Réverdy cuando dice:

y el obscuro arroyo enjuga sus frescos labios [apenas despegados.

Aplausos de márgenes, alamares de plata de los puentes que abrocha márgenes, maravilla de fuente que nos lanza la riega pestañas de flores, toda esta naturaleza nueva es la que nos emula, la que nos hace buscar pacientemente, en el laboratorio pesquidor imaginativo, hallazgos como éstos:

El curso enfrenó del río y a su voz el verde margen respondiendo en varias flores, aplausos hizo fragantes.

Ojos eran fugitivos de un pardo escollo dos fuentes humedeciendo pestañas de jazmines y claveles.

Sus cortinas abrochaba, digo, sus márgenes breves, como un alamar de plata una bien labrada puente.

Es en el dinamismo fugaz, en la búsqueda de "ultras" luminosos, donde el paso de un baile

Atavismos oscuros, pero ciertos, justifican y explican que haya tenido Curwood, desde la niñez, amor a la independencia, al aire libre y a las grandes comarcas vírgenes; un sentimiento profundo y casi religioso de la Naturaleza.

J. O. Curwood, es, por la línea paterna, sobrio, en segundo grado, del capitán Maryrat, famoso escritor inglés de novelas de aventuras. Lleva, además, en sus venas algunas gotas de sangre de piel-roja, heredadas de su madre, cuya bisabuela era una auténtica princesa india. No es así, extraño, que uno de sus temas familiares sea probar en su obra la persistencia y la fuerza de la ley de supervivencia de los orígenes.

Nació Curwood en Owosso, minúscula aldea de Michigan, hará pronto medio siglo, y en todo este tiempo apenas ha habitado en la ciudad. Desde los seis años hizo vida de verdadero campesino, en una hacienda que su padre había adquirido en las orillas del lago Erie, en un paraje ideal, rodeado de espesos bosques y pantanos. No eran sus padres dichosos, porque la tierra era ingrata, pedregosa y de duro labor, pero él fue completamente feliz. Vagabundaba por los campos, prefiriendo estas correrías al aire libre a la disciplina y a la quietud de la escuela. Y de mala manera logró terminar sus estudios universitarios.

Durante siete años fue periodista. En este tiempo pudo aprender muchas cosas y adquirir el sentido de la realidad. Lo que más debió de costarle fue, de seguro, moderar su imaginación y librar a su cerebro del embarraso de las lecturas inútiles.

Con las brigadas atrevidas que recorren anualmente los ríos impenetrables a golpe de remo, descendiendo el Mackensia, atraviesa varias veces el amplio Saskatchewan: un recorrido de cerca de 300 millas! Recorre después el Athabasca y la región del Grand Ours, y en Alaska, luego, hasta los Tres Ríos y de la huella de sus trineos, *Travels de Silecio*, donde pudiera haber encontrado a los héroes de Stewart-O'Scáid White, y alcanza las costas del Océano Ártico.

Como el legendario Ulises en sus periplos, J. O. Curwood, ha conocido muchos pueblos y descubierto muchas costumbres, más allá de las comarcas civilizadas. Conviene con los esquimales de la región boreal, ha adquirido, sobre sus usos y costumbres, preciosos conocimientos, de los que se ha servido muy hábil-

es una brújula, la falda que deja entrever el cogollo escondido de la mujer, tan guardado en aquellos tiempos de pollera pomposa:

El pie (cuando lo permite la brújula de la falda) lazosa calza y mirar deja pedazos de nieve y nácar.

Hasta el japonismo de los introductores del hai-kai lo hallamos aquí con este dibujo en tinta china de un vuelo de grullas:

caracteres tal vez formando alados, en el papel diáfano del cielo las plumas de su vuelo.

¿Qué decir de las intronismos cosmogónicos, tan en boga entre los desperdigados ultraístas, que hallamos en Góngora en versos como éstos:

Mordiéndolo oro el eclíptico zafiro...

Audaz mi pensamiento el cénit escaló plumas vestido, cuyo vuelo atrevido si no ha dado su nombre a tus espumas, de sus vestiduras plumas, conservarás su desvanecimiento los anales diáfanos del viento.

Nada se parecen estos versos de Gerardo Diego a los de D. Luis, pero el ritmo, el espejo es el mismo:

La mujer paisaje desnuda como un circo canta tardes antiguas en las trémulas gargantas del ramaje.

Góngora crea el poema-paisaje, el paisaje desdoblado, transverberado, echando sobre la sombra la nieve de colores, como derrama la noche y hace que rompa el horizonte el poeta de hoy: Gerardo Diego, y en Góngora, los montes se ven así:

en vez de abarcar el viento, los montes huella y las nubes turbantes de sus cabezas.

Y Góngora hace que un bergantín destrozado tenga dolor y placer en los brazos del puerto y haga escapar los cohetes de una palmera, "verdes rayos de una palma".

El populismo de Góngora. Este es otro tema que, aunque sea saliendo de la pauta, queremos abordar, pues es una de las más sugestivas "planas" para copiar, y en estos instantes de la literatura hispánica el papel de Góngora es el mejor papel poligráfico que existe.

En los romances hasta en muchas de sus letrillas, trabajamos conocimiento con tópicos actuales, y queremos dar a la palabra tópicos más moderna elasticidad, que abarque, desde el adjetivo transgresor a lo Mallarmé, hasta el giro alambicado y supererótico. Pero no son estos romances y letrillas los que tienen el módulo popular, los que hay que buscar fuera de las antologías y "trozos escogidos", sino los que, como éste, tienen el aroma del pueblo, y no del pueblo andaluz, sino del castellano:

Una, ay, novilleja, una, que hiere con media luna y mata con dos luceros, o como cuando saca al estío, al campo vestido de sereno, de un San Isidro medio querubín, medio labrador.

Al campo salió el Estío, un serafín labrador...

Y después, el tema de la barca y de los remos, temas que escoge también un poeta actual: Alberdi.

Barquero, barquero, que se llevan las aguas los remos.

Y hasta el tema amoroso es, a veces, un motivo de creación de nueva naturaleza, y hace cantar campanas y tropicales entre las flores en loor de los ojos de su amiga:

No son todosruiseñores, los que cantan entre las flores, sino campanitas de plata que tocan el alba, sino tropicales de oro que hacen la salva a los soles que adora.

Estos ejemplos y muchos más de superación, de escape creador hacia un mundo fuera del de la Retórica de su época, este alegre vuelo de hojas nuevas debe ser el nuestro ahora, y nuestro álamo debe ser como el de D. Luis:

Místicas hojas viste el menor ram del álamo, que peina verdes canas.

Esa música de fervor y júbilo debe crujir en nuestra nueva lírica y, como para andar agilidad, ejercitarnos muchas veces en "lo otro" de Góngora, para después lanzar el motor por encima de las nubes.

ROGELIO BUENDÍA.

Un novelista norteamericano

JAMES OLIVER CURWOOD

Atavismos oscuros, pero ciertos, justifican y explican que haya tenido Curwood, desde la niñez, amor a la independencia, al aire libre y a las grandes comarcas vírgenes; un sentimiento profundo y casi religioso de la Naturaleza.

J. O. Curwood, es, por la línea paterna, sobrio, en segundo grado, del capitán Maryrat, famoso escritor inglés de novelas de aventuras. Lleva, además, en sus venas algunas gotas de sangre de piel-roja, heredadas de su madre, cuya bisabuela era una auténtica princesa india. No es así, extraño, que uno de sus temas familiares sea probar en su obra la persistencia y la fuerza de la ley de supervivencia de los orígenes.

Nació Curwood en Owosso, minúscula aldea de Michigan, hará pronto medio siglo, y en todo este tiempo apenas ha habitado en la ciudad. Desde los seis años hizo vida de verdadero campesino, en una hacienda que su padre había adquirido en las orillas del lago Erie, en un paraje ideal, rodeado de espesos bosques y pantanos. No eran sus padres dichosos, porque la tierra era ingrata, pedregosa y de duro labor, pero él fue completamente feliz. Vagabundaba por los campos, prefiriendo estas correrías al aire libre a la disciplina y a la quietud de la escuela. Y de mala manera logró terminar sus estudios universitarios.

Durante siete años fue periodista. En este tiempo pudo aprender muchas cosas y adquirir el sentido de la realidad. Lo que más debió de costarle fue, de seguro, moderar su imaginación y librar a su cerebro del embarraso de las lecturas inútiles.

Con las brigadas atrevidas que recorren anualmente los ríos impenetrables a golpe de remo, descendiendo el Mackensia, atraviesa varias veces el amplio Saskatchewan: un recorrido de cerca de 300 millas! Recorre después el Athabasca y la región del Grand Ours, y en Alaska, luego, hasta los Tres Ríos y de la huella de sus trineos, *Travels de Silecio*, donde pudiera haber encontrado a los héroes de Stewart-O'Scáid White, y alcanza las costas del Océano Ártico.

Como el legendario Ulises en sus periplos, J. O. Curwood, ha conocido muchos pueblos y descubierto muchas costumbres, más allá de las comarcas civilizadas. Conviene con los esquimales de la región boreal, ha adquirido, sobre sus usos y costumbres, preciosos conocimientos, de los que se ha servido muy hábil-

mente en varias de sus novelas, especialmente en diversas escenas de *Trampa de Oro*. Con los ritos funerarios de los gomkollocks ha compuesto capítulos muy curiosos, de *Corazones de hielo*. Conociendo bien y por impresión directa, los seres y las cosas, con gran penetración psicológica de las gentes y de las bestias sometidos a un estudio perspicaz, ha podido llenar sus obras de inculcable riqueza de hechos y de documentos.

Todo esto le proporciona inefables espectáculos y grandiosos escenarios en que situar la magistral epopeya de la región de las nieves y del frío, que había de describir, sucesivamente, en *Griety*, *Kazin*, *Trampa de Oro*, *Nómadas del Norte* y *Cazadores de lobos*.

Si, una verdadera epopeya, porque, dejando aparte la fábula y la intriga amorosa que hay en cada una de estas novelas, se advierte luego que las características de su temperamento y de la pasión y la sangre, los diversos puegros del destino, encarnándose en los desgraciados, acciones y reacciones de la suerte y de los acontecimientos sobre los seres, su victoria y su derrota y la suma de energías desplegadas para vencer los obstáculos y salir de los peligros.

Amigo de los animales, no se limita a observar las bestias, como lo haría un naturalista, sino que las estudia en psicólogo y en sentimental. Pocos, como él, conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales.

Según Curwood, su psicología y las funciones cerebrales están sometidas a leyes tan precisas como nuestro propio mecanismo intelectual. Aunque, en general, domina el instinto, este instinto está servido en un momento, o las asociaciones de ideas útiles y el sentimiento: "Los animales, como los hombres, tienen rencores y venganzas", ha escrito en una de sus novelas.

Como Mukoki, el indio viciado supersticioso y creyente, Curwood parece inclinado a creer en una providencia de los animales que, inspiradora de sus instintos, despierta en ellos cierta conciencia, y que los guarda y los gobierna. A esta conciencia defensiva, protectora, hasta de los animales más viles, llaman los indios de Cree *Isku-Wapou* (la *praveña tutelada*).

En efecto, diferenciándose del escéptico Jack Sonson, J. O. Curwood cree firmemente en la existencia de un alma.

A. G.

LEYENDO "EL IDIOTA"

Acercarse a Dostoiévski debe ser siempre un acto de humildad. *Numero Deus impare gaudet*—decía el antiguo adagio—. Podríamos decir también: *Numero Dostoiévski impare gaudet*. Dostoiévski es único.

Como es única esta novela, *El idiota*, que acaba de ofrecernos Atenea, pulcramente traducida y decorada, como suele. Cada novela de Dostoiévski nos produce esta impresión de singularidad. Podrán ser hermanos los personajes de todas sus novelas, revelarse en gestos idénticos, pero su trayectoria vital es nueva en cada libro, y seguirá tras él no hace siempre asomarnos a panoramas desconocidos.

No sé qué pensarán de su gran novelista los actuales novelistas rusos, tan amantes del héroe-masa, del alma colectiva. El príncipe Muichkin—*El idiota*—es lo menos parecido a esa suerte de protagonistas innumerables. Como todos sus hermanos, cruza por el libro en estado de febril sonambulismo sólo concedido a unos pocos. El príncipe Muichkin nos transporta a un mundo de inquietudes tan hondas, que es preciso un vigoroso esfuerzo de acomodación al clima de altura donde el admirable *idiota* vive, sueña y piensa.

Un clima de altura donde se ama y odia intensamente. Porque la vida está organizada con una tan diabólica habilidad—la observación es de Gorki—, que si no se sabe odiar, y es imposible también amar sinceramente. Y en esto consiste la peregrina *idiotez* del príncipe. No aprendió a odiar. Nada le empuja a odiar. Una vez le abofetea, y él aguarda serenamente que el agresor medite en la injusticia de sus golpes. Esta es la suma locura: confiar a una reflexión tan dudosa el castigo de la agresión. *Idiota*, en suma, es aquí sinónimo de *santo*.

II

El idiota tiene el encanto irresistible de una angustiosa oscilación sobre el abismo. Un espíritu inquieto camina al borde mismo de las simas, en el límite de las sombras y la luz. Sus más lúcidos momentos son preliminares de un ataque. Hay momentos en el libro en que ya no sabemos si esta torturada agilidad del príncipe es la danza de un epiléptico, o la ardiente crispación de un místico.

Gustan los dioses de forjar sus más bellas criaturas en ese confin misterioso. Recordamos a una de las más ilustres penitentes cristianas, Margarita de Cortona. Un día, esperaba Margarita las caricias de su amante. El amante no llegaba, y ella se lanzó en su busca, temblorosa de desecho. Salíó de la ciudad y llegó al borde de una sima, donde habían arrojado el cuerpo maltrecho del amante. Y allí en el confín de la eterna obscuridad y de la luz gloriosa, Margarita fué hecha santa. Así, muchas heroínas de la Leyenda Dorada. La balanza oscila angustiosamente, el demonio afila las uñas... Pero el platillo cae del lado de la luz.

Los hombres de Dostoiévski ya sabemos que suelen caer del lado de las tinieblas. Se complacen, se torturan, buceando en las sombras, arañando en las entrañas de la sima, palpando en ellas, acaso, ricos depósitos ocultos. Aunque, en ellas, acaso, ricos depósitos ocultos. Aunque, en ellas, acaso, ricos depósitos ocultos. Aunque, en ellas, acaso, ricos depósitos ocultos.

III

Escaparate de libros

LIBROS ESPAÑOLES

Ciencia

JOSE MIGUEL SACRISTÁN: *Figura y carácter. Cuadernos de Ciencia y Cultura*.—“La Lectura”. Madrid, 1926.

Desde antiguo ha preocupado a los hombres el problema de las relaciones entre la morfología y el espíritu, ciencia fisiológica, que culmina en los estudios de Savater. Hoy en día, gracias sobre todo al perfecto conocimiento de los órganos de secreción interna, ha resurgido este problema. Kretschmer, por medio de pacientes mediciones antropométricas, ha establecido una doctrina relacionando las psicosis con el hábito físico. El gran psiquiatra ha llevado a cabo sus trabajos en enfermos mentales afechos de los dos tipos principales de psicosis endógenas: esquizofrenia y psicosis maniaco-depresiva, llegando a la conclusión de que la primera se presenta siempre en los individuos leptorómicos o atléticos, y la segunda, en los sujetos pínicos, que corresponden a los gordos y flacos, típicos físicos, en los que pueden dividirse, según Maramba, los seres humanos. Parece también que las psicosis exógenas se desarrollan con ciertos caracteres especiales, en relación con el tipo físico. Las psicosis endógenas no son más que la expresión morbosa del modo fisiológico de reaccionar la psiquis a toda clase de estímulos, pudiendo llegarse, partiendo de ellas y a través de los sujetos esquizoides y cicloides, en los que se encuentran las formas de paso o abortivas de las psicosis correspondientes a la constitución psíquica normal, representada por los temperamentos esquizotímicos, rectorómicos, inquieto e idealista y ciclofónico, caracterizado por la alternativa entre los estados de excitación optimista y de depresión moral, que corresponden, como las psicosis ya constituidas, a los tipos físicos leptorómicos y pínicos. Venos, por tanto, que Kretschmer, merced al análisis de la estructura somática humana, ha determinado las secreciones psíquicas fisiológicas, partiendo de las patológicas, estableciendo una correlación, no sólo entre enfermedad mental y hábito constitucional, sino entre éste y temperamento psíquico. Sin negar la intervención de otros factores, exógenos y endógenos, es indudable que las glándulas de secreción interna son los órganos que influyen de un modo principal, en colaboración con el sistema nervioso vegetativo, en el modo de ser humano y en su psicología, siendo a ellas debido, en gran parte, el que unos individuos sean leptorómicos-esquizotímicos y otros, pínicos-ciclofónicos. Un resumen perfecto de todos estos problemas se encuentra en el admirable libro de Sacristán, que viene dedicándose desde hace tiempo a comprobar la doctrina de Kretschmer.

Nadie, por consiguiente, con tanta autoridad como él para dar a conocer entre nosotros. Trata, en los diferentes capítulos de la obra, del concepto general de la teoría de Kretschmer, e importancia de las glándulas endocrinas; temperamento y carácter; tipología semántica (describiendo, con todos sus detalles, los tipos leptorómicos, atléticos, pínicos y ciclofónicos); y temperamento, refiriendo todos los caracteres de los temperamentos esquizotímicos y ciclofónicos. Este libro sirve de introducción al trabajo que, con material español, prepara Sacristán, y que esperamos con impaciencia, dado el gran interés de la influencia del factor físico en la constitución psíquica y semántica.—E. Bonilla.

MAX SCHULER

El Resentimiento en la Moral

En esta sugestiva obra del más fértil pensador actual, se estudian los fundamentos psicológicos que condicionan muchas valoraciones de la moral moderna, arraigadas en el resentimiento.

6 pesetas

Revista de Occidente

Pídala en su librería y en Pi y Margall, 7.

MADRID

DR. ISAAC PUENTE: *Embriología*.

“Este libro—comienza diciendo su autor—tiene un fin modesto, pero práctico. Aspira a ser útil.” Y añade luego: “Me he propuesto vulgarizar, hacer accesibles a todos los hechos más salientes de esta ciencia joven y seductora: la Embriología. Con ello no hago otra cosa que reparar, en la medida de mis fuerzas, una de las lagunas sociales.”

“Sé del sufrimiento y del afán de saber insatisfecho. Sé toda la desolación que representa un cerebro hambriento y la crueldad y suplicio que supone la detención intelectual. Con cuánta amargura se renuncia al libro

cuando la fiebre de saber bulle en la mente y en el corazón!”

Estas palabras reflejan ya la utilidad y el fin altamente humano de este libro, que se conforma luego por su lectura. Efectivamente, es un libro de divulgación y de estudio; es un libro, además de útil, transcendental, importantísimo. Todos deberían conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándola a la juventud estudiosa, que sueña con un mañana mejor.

ENRIQUE RIOJA: *El Libro de la Vida*.—(Publicaciones de la Revista de Pedagogía).

Después del *Libro del Idioma* que Lorenzo Luzuriaga acaba de ofrecer a las escuelas españolas en un alarde de sencillez y modernidad pedagógica, la Revista que el Sr. Luzuriaga dirige da a luz otro nuevo volumen escolar: *El Libro de la Vida*, cuyo autor, Enrique Rioja, ha quintuplicado magistralmente. *El Libro de la Vida* es un resumen de imágenes (como vistas de linterna mágica) que la vida ofrece en sus innumerables aspectos.

El libro parte de temas simples y atractivos, infantiles, pintorescos—como la evolución de la rana y la historia de los mosquitos—, para ir ascendiendo en complicaciones temáticas, hasta plantear ante el niño los supremos problemas vitales: las agrupaciones animales, la unidad de estructura de los seres vivos, la rotación de las estaciones y la vida, y, los orígenes de la creación.

El Libro de la Vida constituirá uno de los instrumentos más útiles de que podrá ya disponer un maestro español para asomarse a un niño a la ventana maravillosa del mundo.—G. C.

Poesía

EDUARDO DE ONTANÓN: *Cuaderno de poemas*. (Ediciones Parábola.)

El poeta ha apurado la exactitud del título hasta llevar a la cubierta el consabido *para uso de* que figura en la mayoría de los cuadernos de ejercicios escolares. El lector podrá escribir a continuación su nombre. Al mismo tiempo que las letras, irá fijando su simpatía por esta obra de Ontanón. [Sin haber comenzado la lectura] *Cuaderno de poemas*—cubiertas grises, ciclo de fina lluvia, plástica tipográfica de hoja de calendario—tiene el aire amable—la primera ojeada simple, sin que lo hayamos abierto todavía—de venir a hablarnos al oído en el mismo tono en que lo hacía un pequeño grupo de poetas en el año 1921. Recordemos algún nombre iniciador: Dámaso Alonso (Poemas y poemillas puros de la ciudad). Juan Chabás (Espejos)...

A esta manera ingenuista—con romanticismo—de presentar el *Cuaderno* responde integralmente su contenido: canciones de campo, de alba, de tarde, y también de violines y de violoncelos provincianos con la cintura muy encorsetada y la voz delgada, como la de las damas del XIX. La voz delgada, tal vez, por el pasmo de verse—equilibrado—en el alambre de la imagen. Pero Eduardo de Ontanón sabe no caer. Sus poemas, sencillos, puros, muy entonados, captivan. Tienen páldio colorido—proposito—pero ningún punto de cursilería.

Antes, al referirnos al 1921, queríamos situar la obra de Eduardo de Ontanón, que exactamente corresponde a esa época, después de

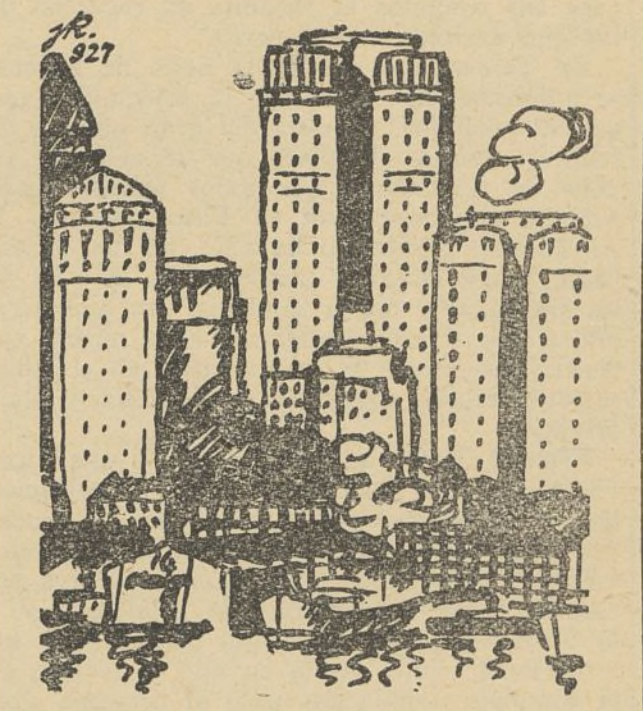
los versos vayan por la misma ladera—. Nos parece pueril aferrarse a una forma plástica pasada que marca únicamente un periodo transitorio en la poesía y del que sólo han sobrevivido los elementos útiles. En el libro *Llar*, incurrió en esto, todavía tenía algún justificante, pero hoy no halláramos ninguno para el nuevo brazado de poemas, por mucho que nos afanásemos en su busca. Aunque *Cuaderno de poemas* sea una continuación de *Llar*, en el sentido y en la voz, no era necesario que absolutamente siguiese sus huellas.

De todos modos, los poemas que en esta ocasión se nos ofrecen son limpios, bien sentidos y de estirpe clara. Las campanas que sueñan en ellos—campanas de día de fiesta—llevaran el impulso de una mano hábil.—M. P. F.

LIBROS YANKIS

Manhattan Transfer.

La última novela de John Dos Passos es una larga película de la turbulenta vida neoyorquina. Sería necesario cruzar cien veces la ciudad de punta a punta, meterse en todos sus rincones, viajar en todos sus trenes, para sacar la misma impresión de vértigo que causa la lectura rápida de esta serie de cuadros impresionistas, hilvanados con un hilo apenas perceptible, que el autor rompe cuando lo tiene por conveniente. Como en la pantalla del cine, la acción, que abarca veintitantos años, cambia bruscamente de lugar. Los personajes, más de ciento, andan de acá para allá, subiendo y bajando en los ascensores, yendo y viniendo en el subway, saliendo y entrando en los hoteles, en los vapores, en las tiendas, en los music-halls, en las peluquerías, en los teatros, en los rascacielos, en los teléfonos, en los Bancos. Y todas estas personas y personalidades que bullen por las cuatrocientas y tantas páginas de la novela como por las aceras de la gran metrópoli, aparecen sin la convencional presentación y se despiden del lector a la francesa. Cada cual tiene su personalidad bien marcada. Pero todos se asemejan en la falta de escrúpulos. Son gentes materialistas, dominadas por el sexo y por el estómago, cuyo fin único parece ser la prosperidad económica. A unos los sorprendemos emborrachándose discretamente; a otros, colabitando detrás de las cortinas; a otros, estafiando al prójimo sin salirse de la ley. Los abogados viven de chanchullos, los banqueros seducen a sus secretarías, los policías se dejan sobornar y los médicos hacen abortar a las actrices. Los más decentes son los que atacan las tiendas con pistolas de pega. Entre toda esta gentuza destaca Jimmy Herf, tipo de burgués idealista, repetido en otras obras de Dos Passos. Pero el verdadero protagonista no es Jimmy, sino Manhattan mismo, con sus viejas iglesias empotradas entre geométricos rascacielos, y con sus cabarets resplandecientes, con su puerto brumoso y humeante y con sus carteles luminosos, que parpadan de noche en las avenidas donde la gente se atropella ensordecida por el trépido de los trenes elevados. Dos Passos no ha tenido miedo de pintar tal como es, cruel, obscuro, ruidoso y magnífico, en una de las mejores novelas que ha producido la nueva literatura norteamericana.—J. Kobles Pasos.



Nueva York, 1927.

R. WALDO EMERSON: *Diez ensayos*. (Nueva Biblioteca Filosófica.)

Soy amigo de la música, porque sabe conceder todo su valor al silencio. Lo mismo podría decir de los ensayos de Emerson: me gustan estas lindas armonizaciones filosóficas porque han sabido conceder al silencio un valor extraordinario. A ese alto silencio en donde de lo oído, muy alerta, percibe el divino roce de alas del alma transcendental. Es esta una práctica música que Emerson legó a Maeterlinck. Algunas partituras llegaron a Debussy. Debussy recogió esos últimos aleteos y el jazz supremo que, como la paloma de Pentecostés, va repartiendo por las frentes idénticas llamas rojas.

Ahora la Nueva Biblioteca Filosófica nos ofrece en su primer volumen diez ensayos emersonianos. Murio Emerson en 1882. Desde entonces, la investigación de nuestro “yo trans-

cendental” ha perdido muchos obreros. Tan aventuradas excavaciones por las regiones de lo absoluto eran pesadas de seguir y podían llevarnos a perder el amoroso contacto con la otra alma, con el alma particular, que, humilde y no menos laboriosa, prefiere hoy la lente de la razón a todo místico aeroplano.

“Sólo una cosa importa—decía Novalis—: la investigación de nuestro yo transcendental.” Importan otras cosas. También la filosofía usa ya del microscopio. Ha descendido del monte iluminado, donde Dios aun habla directamente al “alma superior” de los hermanos de Maeterlinck, y se ha sentado a contemplar “vivencia” a “vivencia” ese espiritual cañamazo donde se va dibujando un odio, un raciocinio, un sentimiento, un deseo... Pero siempre será grato releer esas emocionadas páginas de Emerson, “el buen pastor matutino de los páridos y verdes prados”—como le llama su heredero. Después de todo, nunca nos lleva Emerson “del lado de los abismos”. Y es bueno leer todo libro que contenga un sentido optimista de la vida. Y más si tan grato manjar nos llega aderezado con el fino condimento de un delicado estilo.—J.

LIBROS RUSOS

CONSTANTINO FEDIN: *Las ciudades y los años*.—Editorial Biblos. Madrid, 1927.

Una espléndida rotura de cascadas, de aurora, de crepúsculo matinal, ha tenido la Editorial Biblos. Acaba de presentar al mercado librero de España, con el silencio atroz de las revoluciones definitivas: Cuatro volúmenes bajo el brazo; y los volúmenes, impregnados de gases asfixiantes para los de las demás editoriales, impregnados con un mortal estupefacción: el precio. Por 3,75. Biblos ha aparecido en el mercado de España ofreciendo cuatro volúmenes, que cualquier otra editorial hubiera valorado de 6 a 10 pesetas. Tal es, el número de páginas, la calidad del papel, el esmero de la impresión, la delicadeza de las traducciones y la policromía de los grabados. De esas bellísimas ilustraciones de Maroto.

Por hoy hablaremos sólo de la novela de Constantino Fedin, uno de los mejores libros de la colección.

Esta novela se da por vez primera en las letras de Europa. Su texto íntegro está autorizado sobre la segunda edición rusa (1926) y traducido por Norberto Guterman y Angel Pumarega. Tiene, pues, España las primicias de saborear una de las producciones más recientes y avanzadas de la Nueva Rusia. Una novela revolucionaria en todos los sentidos. Por su fondo, por su técnica. Su técnica desconcertante, empezando el relato por el desenlace, y terminando por lo que debió ir lo primero. Con variedad de formatos de composición, dentro de la misma obra.

En cuanto al fondo, *Las ciudades y los años*, de Fedin, poseen ese subtelos movido, alucinante y trágico de las auténticas novelas rusas. Constantino Fedin ha debido vivir en gran parte este trozo magistral de su literatura.

Fedin tenía una treintena de años. Nació en Saratov, tuvo una infancia inquieta y huida. Estudió, con mil obstáculos, en la Universidad de Moscú. Vivió en Alemania. Hizo la guerra. Cayó prisionero. Y a través luego—ya libre—toda la odisea comunista. *Las ciudades y los años* son un reflejo constante y exacto de esta vida, tan difícil y tan rusa. Llena de hambre, de justicia, de militarismo, de poesía y de peligro.

Ha sido un acierto evidente el de la Editorial Biblos conenzar su existencia revolucionaria del mercado librero español echando en el estante de *Las ciudades y los años*. Cartucho de ensayo que, al explotar, llenará el aire de color rojo de aurora y tiempo nuevo.—G. C.

LIBROS AMERICANOS

PABLO ABRIEL DE VIVERO: *Ausencia*. Prólogo de D. Ramón Pérez de Ayala. (Editorial París-América.)

Nos complace que los poetas no se avergüencen de tener corazón. Pero no creemos que la manera de demostrar que lo tienen sea el alabar sus libros de sollozos. El corazón debe ser y estar representado en un poeta por algo más importante que el fútil y el sollozo. El corazón sopla hacia arriba el sollozo motivado por la mujer; el sollozo que aspira a cuajar—casi nunca lo consigue con fortuna—en las páginas de cualquier libro. El poeta Sr. Abriel de Vivero toma únicamente en este sentido su corazón. ¿Es que acaso no cree que puede emplear de otra forma? Los poetas pasados del pasado siglo XIX sollozaron mucho—y casi siempre—por sus amadas. No renovamos, pues, sus sollozos. Y corramos un velo tupido sobre sus cenizas. Dándole al corazón el mismo valor que a una silla, que a un zapato, que a otro cualquier objeto, se pueden obtener y se obtienen a veces sorprendentes resultados de fina emoción. La tendencia esencial del poeta moderno es la de abolir en absoluto los tópicos, bien por abandono de ellos o volviéndolos puntos de apoyo de la dirección con un giro rápido en el volante siempre que el hombre que lo gobierna sea un hombre de su tiempo.—Nosotros estamos convencidos de que existen muchos hombres de una o dos centurias atrasadas.

Creemos al poeta Sr. Abriel de Vivero con disposición y capacidad para apartar de sí los peligros de la música—ya demasiado fácil—del sollozo e incorporarse totalmente—en su libro *Ausencia* hay algunos puntos bien logrados que lo predicen—a las huestes de las vanguardias líricas.—M. P. F.

ENRIQUE DE GANDIA: *Dónde nació el fundador de Buenos Aires*.—Editorial “La Facultad”, Buenos Aires.

¿Dónde nació el fundador de Buenos Aires? Esa es la cuestión. La cuestión que resuelve de una vez para siempre—Enrique de Gancia en libro que el II Congreso de Historia

Elisabeth Muller de Dauner: *Embrujo de la ciudad*. “Cervantes”. Calle de Muntaner, 172 págs. Precio, 3,40 pesetas. Un vol. de 160 págs.

Alfonso Francisco Ramirez: *Canciones de amor y olvido*. México, D. F. 1927. Un vol. de 160 págs.

Roberto Lascano: *La lámpara del hogar*. Poesías. Iglesias y Matera, editores. Buenos Aires, 1926. Un vol. de 144 págs.

Arturo Giménez Pastor: *Un siglo de poesía argentina*. Conferencia leída en la Biblioteca de la Asociación Cristiana de Jóvenes de Buenos Aires. 1926. Un folleto de 42 págs.

Julio Noé: *Miguel Cané*. Su ambiente y su obra. (Extracto de la revista *Nosotros*. Septiembre, 1926. Núm. 20.) Buenos Aires. Imprenta Mercatal. Avenida Acayote, 271. 1926. Un folleto de 20 págs.

Rafael Alberto Arrieta: *Ariel Corpóreo*. Letras extranjeras. Editorial “Buenos Aires”, 1926.

Antonio F. Marcellino: *Semillas de luz* (cinco ensayos teatrales). Emancipada, Justicia de clase. Triunfo de amor. El ídolo invencible y La serpiente negra. Juan Perrotti, editor. Un vol. de 255 págs.

POLITICA, DERECHO, ECONOMIA, SOCIOLOGIA, ETC.

Eugenio E. Bréard: *La Argentina ante la Liga de las Naciones*. Corrientes, 1926. Un folleto de 52 págs.

HISTORIA, BIOGRAFIA, CRONICA, ETC.

Alfredo Monla Figueroa: *Juan Pablo Echagüe*. Rasgos biográficos. Segunda edición, corregida y ampliada por su autor, con documentos inéditos y la candidatura de Echagüe a la gobernación de San Juan. Buenos Aires. Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso, 1927. Un vol. de 80 págs.

Luis Enrique Azarola: *Veinte linajes del siglo XVIII*. Zabala, Alzaybar, Achúcarro, 1926.

María Amalia Zamora: *El eco rústico* (poesías). Buenos Aires. Talleres Gráf. Porter Hermanos. Entre Ríos, 1925. Un vol. de 128 págs.

Manuel Jaén: *Agua viva*. Caracas. Venezuela. Lit. y tip. Vargas. Año MCMXXVI. Un vol. de 182 págs.

LA NOVELA MAS LEIDA DEL MUNDO

LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE RICARDO BAEZA

Pida esta Novela a su Librero

A TENEA

APARTADO 644 MADRID

de América recomienda como de sumo interés. Enrique de Gandia es un joven argentino que acaba de cumplir el servicio militar. Su libro le ha valido el nombramiento de miembro de la Academia Americana de la Historia. Como puede verse, trata de un joven de brillante y apersonado porvenir.

No podemos—sin erudición alguna—entrar en el fondo científico de la obra. Pero, a pesar de ello, se nos aparece con caracteres de importancia la labor realizada. Tanto documento consultado. Tan paciente elaboración.

El libro de Enrique de Gandia se muestra—visión literaria—como un pugil cirsense de pecho concedorado, número de fuerza—de músculo—para grandes admiraciones y aspiros. Muchos archivos consultados. Muchos kilos de papel levantados a pulso.

Resultado: una obra meritisima. Ya sabemos, sin sombra de duda, dónde nació el fundador de Buenos Aires.—F. A.

LIBROS FRANCESES

CAMILLE SOULA: *La poésie et le pensè de Stéphane Mallarmé*. (Ed. Champion.—París.)

Simpatía.—En la guirnalda bibliográfica que rodea al prestigio mallarmeano, guirnalda en que, a veces, ocultan su ignorancia las espigas de la incomprensión—destaca su inteligente flor el hermetismo de Stéphane, trazado con recreación cordial y bella accesibilidad por un acaudalado espíritu de la hora presente.

Mallarmé, situado en su olímpico mirador interior de belleza, no ha sido siempre—quizá por sus fétidas irradiaciones—aprehendido por todos sus admiradores más alertas. Su obra necesita tenaces atenciones simpáticas, y todos los cuerpos y todas las almas, poseído de atrayente curiosidad, horadan el mágico hermetismo del poeta para extraer la chispa resplandeciente del fulgor, que es como el alimento espiritual de nuestra naturaleza estelógica.

Los más sensibles han sorprendido—¡sorprendido!—, en toda su expresiva sutileza, la promofonía de la clara percepción del poeta. Es muy posible que la sombra mallarmea—protesta de este exegético tiriferal que prefiere irradiar claridad sobre el esplendor mismo de su gustosa obscuridad—y es más que probable que su protesta extrema del acento de su indignación, al saber que este exegético va, aunque inconscientemente, a desarticular su arte.

Chifnados al hecho que se está consumando, pero dejando al margen las gustosas sugestiones temáticas de Zdzislas Milner, Francis de localizar ahora nuestra atención en Camille Soula, profesor de fisiología en la Universidad de Toulouse, y en su ensayo sobre *La poésie et le pensè de Stéphane Mallarmé*.

El simbolismo no es sólo la pura y neta expresión estética de las captaciones de la sensibilidad; con que únicamente fuera esto, el simbolismo vendría nuestro ideal literario de belleza. Pero el simbolismo es algo más...

Captación.—En el túnel largo y negro del simbolismo, después de un peligroso caminar a tientas, avanzado constantemente por las palabras picadas, algún pesquisador, arrojado y cauto al mismo tiempo, ha llegado a un medio en que se ha detenido; al fondo del túnel ha advertido un puntito luminoso, como de polvo solar de mediodía. Era la chispa mallarmea, fulgurante y recóndita; la chispa que hay que aprehender con presteza, ante de que nos burle y se esconda entre los pliegues de lo irónico. Por eso, este pesquisador mallarmeano, más profesor psicólogo que fisiólogo, aun siéndolo muy notable en este aspecto; por esto, digo,

este Camille Soula ha corrido presuroso por el túnel, escondiéndose a veces tras las amenazas de las palabras simbólicas, teniendo desahago el encanto de la chispa, para llegar a ella, inopinado, súbito, y captarla finamente, terciopelosamente. Y vuelto del túnel, chispa en mano, el retorno, ya de iluminada gloria, es fácil, y es entonces cuando Camille Soula nos cuenta su viaje a través del hermetismo mallarmeano.

Me he propuesto—dice—hallar las razones del hermetismo en un análisis psicológico de cada poema. Y luego: “El objeto de este trabajo no es verter a vulgar prosa lo que Stéphane Mallarmé ha dicho, bastante definitivamente, en versos sibínicos, sino descubrir las características del automatismo psicológico del poeta; sin embargo, para llegar a esta ideal meta, habré de apoyarme en una explicación literal de las principales obras. Tendré, pues, que caer en la extravagancia, que he reprochado a otros, de tratar de explicar lo que me parece no debe ser explicado”, y es que lo más gustoso de la obra de Stéphane es su clara obscuridad. Sería extemporáneo y pretencioso que, con motivo del ensayo de Camille Soula, intentásemos definir aquí el carácter de la poesía mallarmea. Esta definición, escueta y sugeridora, la dió ya Ortega y Gasset, en ocasión propicia y memorable (1), diciendo que la poesía de Mallarmé es una especie de silencio elocuente... “Consiste—decía—en acallar los nombres directos de las cosas, haciendo que su búsqueda sea un delicioso enigma... La poesía es esto y nada más que esto, y cuando es otra cosa, no es poesía ni nada. El nombre director denomina una realidad, y la poesía es, ante todo, una valerosa fuga, una ardua evitación de realidades...”

Claridad.—Es evidente que la metáfora ha alcanzado su desarrollo cabal en Mallarmé; pero no lo es menos—lo decimos porque es instador la asaltante evocación—que nuestro Don Luis de Góngora y Argote todavía no ha encontrado su par en el mundo senarior de los imaginistas. Pero no puede decirse—ni se intenta decir—que Don Luis sea precedente metáforista mallarmeano, ni Stéphane, consecuencia imaginista gongoriana.

Las poesías estudiadas psicológicamente por Camille Soula dan la clave de su sensorial complejidad, pero también la idea del mecanismo de sus simbolismos. Cada uno de los pensamientos de Stéphane Mallarmé está unido a la imagen de una cosa concretamente bella, pero en la manifestación psicológica última, en el lenguaje, se suprime los eslabones que unen la cosa sugerente con el pensamiento sugerido, manifestándose en su más simple pureza. En esto es en lo que se detiene Camille Soula: en el estudio del grado de intimidad que hay en la unión del pensamiento y de su imagen sensorial; esto le lleva a decir que Stéphane los confunde en su conciencia y bajo su pluma, afirmación que encierra un concepto laudatorio y sutil para la obra mallarmea, aunque se presente en forma poco perfecta.

Bastaría, para nuestra contestación, observar el detenimiento y amoroso estudio que Camille Soula dedica a diferentes trabajos mallarmeanos, como la *Prose pour des Esquisses*, el *Hommage a Puvion* y los sonetos *Tout ornai fine-t-il du soir*, *Surgi de la croupe* y *Une dantele d'aboliti*, en los que el fervor mallarmeano del ensayista nuestra toda su cordialidad.—José Cánovas y Albarracín.

(1) Núm. V de la *Revista de Occidente*.

Editores: El anuncio en la Gaceta Literaria es el más barato y eficaz.

LA QUINCENA BIBLIOGRÁFICA

IBÉRICA

DERECHO

Angel Ossorio: *La justicia poder*. Pueyo, 4 pesetas.

Hildefonso L. García del Corral: *Cuerpo del Derecho Civil Romano*. (Lux.)

P. Calamandrei: *Demasiados abogados*, traducción y anotada por J. Xirau, 7,50 pesetas.

F. Ferrara: *La simulación de los negocios jurídicos* (actos y contratos). Traducción de R. Atard y J. A. de la Puente, 18 pesetas.

E. Danz: *La interpretación de los negocios jurídicos*. Traducción del alemán y concordancias con el derecho español, por W. Rocco, 15 pesetas.

R. Saclies: *La posesión de bienes muebles*. Traducción de la *Revista*, notas y concordancias con la legislación española y las hispanoamericanas, por J. Castán, 15 pesetas.

R. Fernández de Velasco: *Los contratos administrativos* (doctrina, legislación y jurisprudencia sobre esta importante materia, conforme a los nuevos Estatutos provincial y municipal), 18 pesetas.

MEDICINA

Dupuy de Frenelle: *Riesgo operatorio*. Pesetas 8.

Codina: *Dosificación de la sanocrisis*. Pesetas 8.

Farreras: *Anuario terapéutico*. Tela, pesetas 8.

Carreras: *La cesárea*. Pesetas 5.

Peña: *Legislación sanitaria*. Tela, pesetas 18.

Maramba: *El problema de las febricitas*.

NOVELA

El libro de Cañero. Pueyo, 3,50 pesetas.

Dekobra: *Medio noche*. Plaza Pigalle. Pesetas 5.

Quiroga: *Los desterrados*. Pesetas 5.

José María de Acosta: *Las eternas mironas*. Renacimiento.

Consuelo Valcárcel: *El triunfo de la pasión*. Prometeo.

Mario Verdaguer: *La isla de oro*. (Lux.)

T. Orts-Ramos: *De la sangre del toro*. (Lux.)

TEATRO

Antonio y Manuel Machado: *Juan de Maiara*. Luis Bota y Villá: *Espurnes ciudadanas* (Barcelona).

GEOGRAFIA

Hojas del Mapa topográfico. Cada hoja, 4 pesetas.

Planos de población de Cádiz, Granada y Toledo. 5, 32 y 18 pesetas, respectivamente.

Mapa mural de España, en nueve hojas. Cada hoja, 7 pesetas.

Mapa general de España, 3 pesetas.

Mapas provinciales de Cádiz, Huelva, Madrid, Málaga y Sevilla, en dos hojas. Cada hoja, 4 pesetas.

Mapas provinciales de España. Cada uno, 20 pesetas.

FILOSOFIA

J. Ortega y Gasset: *El espectador*. T. V.—(Rev. Occ., Madrid.)

Max Scheler: *El resentimiento de la moral*. (Rev. Occ., Madrid.)

ARTE

Gabriel García Maroto: 1930. Biblos, 3,75 pesetas.

HISTORIA

Antonio Goicoechea: *Figuras de la raza*: “Alfonso XIII”.

Hojas Libres. París (1,50 pesetas).</

Teatro

MEMORIAS ÍNTIMAS DE UN TEATRO DE CÁMARA

DESDE EL NIDO DE "EL MIRLO BLANCO"

por Carmen Baroja

Es empresa muy difícil para mí hablar con imparcialidad de las representaciones del "Mirlo Blanco". ¿Cómo decir al público que nuestra casa, nuestra familia, nuestros amigos hacen algo que nos parece muy agradable, sin dar a los demás una idea antipática de petulantía? ¿Será mejor llenarse de falsa modestia? Creo que no. Mis lectores me tendrán, pues, que perdonar si del "Mirlo Blanco" no hablo más que con alegría y entusiasmo.

Desde que mi cuñada Carmen tuvo la feliz idea, el año pasado, de organizar estas representaciones, todo ha sido para nosotros diversión y entretenimiento. Quizás se deba esto a la simpática cordialidad que constituye el mal menor de los actores que forman la ya nutrida compañía. Quizás, a la benevolencia del público de amigos, que acostumbra a presenciar las representaciones; el hecho es que, para nosotros, nada hay tan agradable como la preparación y realización de una de esas veladas teatrales, aun siendo, como yo, solamente espectadora de ensayos, y como actriz, menos que segunda parte.

El escenario, pues, tampoco y en muy malas condiciones, no tiene salida a puerta lateral, la única entrada es la de la embocadura. Por ésta tienen que pasar todos los actores antes de empezar el acto, con la luz apagada, para no perder el efecto de caracterización. En un rincón de un metro escaso hemos estado hasta seis personas, asfixiadas de calor, esperando el momento de salir a escena. Todas estas molestias, lejos de incomodar, han divertido mucho a la complaciente compañía.

En este escenario reducidísimo, mi hermano Ricardo ha pintado una decoración para *Ligazón*, de Valle-Inclán, en la que se veía un paisaje de noche, lejano; una tapia, una casa, con puerta y ventana prácticas; por esta ventana entraba un hombre, y dentro de la habitación, que también se veía, ocurría una escena.

Ayudán muchísimo a producir estos milagros los efectos de luz y sombra realizados por Carmen, electricista, tramoyista y escenógrafa experta.

La decoración de un drama de nuestra simpática y culta amiga Ella Palencia, producía tal sensación de realidad, que muchas personas entraron después de la representación a cerciorarse si los cuadros y el Crucifijo que había en la pared eran o no verdaderos. La escena para *El Viajero*, de Claudio de la Torre, con su reloj de pared, su chimenea, Carmen Juan, guapísima, vestida de blanco, sentada en el canapé, con la falda de terciopelo, el escote isabelino, tenía todo el aire de una viñeta anticuada y romántica. Las decoraciones de taberna vasca, con toneles de sidra a lo largo de las paredes, y barcos colgados del techo, que se hicieron para las representaciones de *Marinos Vascos*, y, últimamente, para *El Torero*, siempre tuvieron mucho éxito. Y divertida como pocas la decoración del Paraíso terrenal, lleno de dipteros, mamuths y pleosaurus, de *Eva y Adán*, de Edgar Neville. Inquietante la del *Café Chino*, últimamente presentada, pintada y arreglada por Carmen.

Un crítico de teatros dijo en un artículo, con muchísima razón, que era el atrezzo del "Mirlo Blanco" digno de un Robinson de la escenografía.

Un tambor de papel lleno de lentejas, majado con habilidad, daba la sensación de las gotas de lluvia azotando los cristales, en *Marinos Vascos*, y el ruido de un pequeño motor eléctrico, de un aparato de secar el pelo, mitiga por un almohadón de plumas, era la lejána sirena del buque pidiendo auxilio en medio de la tempestad.

La pequeñez del escenario hace que sea más fácil conseguir efectos, y la unión de éste con el resto de la sala, reconcentra el interés y la atención de los espectadores. ¡Ventajas de los inconvenientes!

La primera representación, en Febrero del año pasado, nos llenó a todos de entusiasmo; nadie se hubiera figurado que personas, muchas de ellas que nunca habían trabajado como actores, pudieran hacerlo de una manera tan divertida y agradable. Se destacaba, sobre todo, la primera actriz del "Mirlo Blanco", Nati González, la primera por ser quien lo

CARMEN BAROJA DE CARO.

OBSERVATORIO ESTUDIANTIL

Felipe II y la Universidad

Lo que sigue, es un trozo de conversación, arbitrariamente acotada; así como cogida al vuelo en un tren, en un tranvía o en un café. Puede muy bien, sin embargo, suponerse la escena en una Universidad, en el vestíbulo de biblioteca o, sencillamente, en el breve cuarto de un estudiante, entre unos cuantos libros desordenados y frente a una ventana abierta—ya al aliento de una primavera fuerte, pero caprichosa, desconcertante con suaves oleadas de aire tibio y ráfagas del más traicionero frío invernal.

—¿Le llamas simpático?
—Sí. Simpático no quiere decir mucho. No implica juicio de cualidad. Así, con un adjetivo trivial, parece como que se descomponen los dos mios, falsos los dos y antipáticos.

—O sea: hay un Felipe II simpático, frente a los dos Felipe II simpáticos y antipáticos.
—Y falsos, sobre todo, falsos. No creo que se pueda admitir seriamente ese Felipe II de los dramas de Schiller, torvo, frío, cruel, implacable, sahumando su devoción con visceras tostadas en las hogueras inquisitoriales. Otro me molesta el sublime y angélico Felipe II, príncipe perfecto, apóstol de la fe, santo, sabio y gran estadista.

—Este último se lleva, sin embargo, bastante. Estamos de conmemoración, de centenario y de apología. Todo disuelto en conferencias.
—Siempre tendremos que purgarnos de empachos de apología. ¡Horror a la historia de claratoria, a la velocidad adquirida del resorte oratorio, a la política con disfraz histórico! Y, sobre todo, tengamos afán de ver claro sin comodines. Felipe II me parece simpático, precisamente porque lo pienso como un hombre sincero, severo consigo mismo, sencillo, delicado, tenaz, infatigable. Virtudes que, en cualquier caso bastan para constituir un perfil humano respetable. Pero para ser un gran rey no basta eso. El reinado de Felipe II fue una calamidad para España. Apenas hubo en él dos o tres cosas acertadas.

—Desde luego. Cuando la Historia sea historia y no un cuento de niños, ni un diccionario de citas para discursos eclesiásticos, lo primero que había que hacer es dejar de lado ese englobamiento que hacemos de un rey con la época. Eso es un recurso mnemotécnico y nada más. Hay que distinguir entre reyes y reinados. Un repaso repaso haría ver la cantidad de tópicos que soñamos todos los días. Decimos "el gran rey Carlos II", porque en su tiempo se hacían cosas que estaban bien y el rey no se oponía a que se hicieran. Por lo demás, este bonachón rey Carlos, modelo de fidelidad conyugal y de pasión cinegética, no veía más allá de sus narices, aunque no eran muy cortas. Un país puede caminar hacia el bienestar y aun hacia la cultura bajo un rey anónimo. En pocas épocas dio España el gran avance económico y cultural, que dio—a pesar de todo—bajo el repugnante jayán que fue Fernando VII.

ENRIQUE LAFUENTE.

JOSE CORTES

PAPELERÍA Y LIBRERÍA

Gómez Pulido, 20, Ceuta

Centro para la venta de periódicos,

semanarios, revistas de modas, etc.

Corresponsal de Casas Editoriales.

Centro de suscripciones.

Postales Internacionales

Postales inglesas

DOS CRÍTICOS MÁS EN LA POLEMICA

Ahora que en Madrid, por lo visto, se afanan nuestros críticos y autores en preparar, a fuego rápido, el plato, aun visible, de nuestro teatro contemporáneo, bueno será acercarse a sus afanes el calor que nos llegue de otras polémicas extranjeras. O, si se prefiere, con metáfora más viva, echas leña extranjera a nuestro fuego; en este caso, puro carbón inglés.

La mina, al parecer inagotable por lo que de sí va dando la polémica, la explotaron por el momento dos críticos prestigiosos: Mr. Ervine y Mr. Palmer. Juntos en el pasado, en unión de Mr. Mc. Carthy, formaron aquella gloriosa trilogía de entusiasmos, que logran al fin, tras múltiples batallas frente a un público lento y obstinado en tradiciones, el reconocimiento de Mr. Bernard Shaw en la escena inglesa. Disculpable es, por lo tanto, que dos de ellos, hoy en la madurez, se apresten de nuevo a la batalla. Ya de enemigos cordiales, pero sin victoria posible. Al menos, con dos causas sospechosas: el teatro inglés contemporáneo y el teatro actual francés. ¿A cuál de los dos—discuten—hemos de conceder la primacía? ¿Cuál de los dos teatros ha producido las mejores obras en los últimos diez años? Esta es la cándida disputa. La pregunta, sin embargo, ya encierra un elogio para ambos: que pueda plantearse. Con nuestro teatro actual, difícilmente podríamos despertar estas vacilaciones. De todos modos, Mr. Ervine y Mr. Palmer no han llegado a un acuerdo. El primero, más conservador de sus propias glorias, reclama los honores de la prelación por sus obras en los últimos diez años. El segundo, desde la atalaya alerta y pacificadora de Ginebra, se inclina hacia París. Y he aquí los términos generales de la discusión entablada.

Mr. Ervine afirmó casualmente, según nos dice, aunque de manera bien categórica, al hacer su crítica de *Masques and Phantasies*, de Ivor Brown, que a ninguna persona inteligente le podía interesar el teatro francés moderno. Este calificativo de moderno, de uso peyorativo, no ha sido el que menos ha contribuido a embrollar la cuestión. Mr. Palmer rompió su silencio diplomático para confundir a su viejo amigo. ¿De qué teatro hablaba? ¿Del de los señores de Brioux, Bernstein y Bataille? Mr. Ervine, entonces, puntualizó. Y esta opinión, la de Mr. Ervine, no deja de ofrecernos interés, si se recuerda que St. John Ervine, el veterano crítico de *The Observer*, es hoy por hoy, una de las máximas autoridades en la vida teatral de Londres.

Mr. Ervine, como decía, puntualizó. He aquí algunos de sus juicios: *Le Paquebot Tenacé*, de Vildrac, es una obra admirable, aunque falta de fuerza, de vitalidad. El Sr. Lenormand, a su juicio, un autor incompetente en cuanto a caracteres que requieren cierta virilidad de trazo, un moribundo sentimental obsesionado por la tuberculosis. M. Jules Romain posee sólo un estilo brillante. Su *Doctor Knock* es una pieza divertida, nada más, sin mucha suficiente para sus tres actos. Más aún: M. Jules Romain es uno de los tantos locos modernos. Etc., etc., etc. Y, por último, ¿podía su amigo Mr. Palmer presentarle una lista de obras francesas, estrenadas en los últimos diez años, que pudiera parangonarse con ésta? He aquí la lista de St. John Ervine:

The Hairy Ape and The Straw, por Eugenio O'Neill.
What Price Glory, por M. Anderson y L. Stallings.

Broadway, por Ph. Gunning y George Abbott.

The Circle and Our Batters, por S. Maugham.

The Whitehead Boy, por Lennox Robinson.

The Man with a load of Mischief, por Ashley Dukes.

The Woman Business, por Ben W. Levy.

CLAUDIO DE LA TORRE.

Postales Americanas

FIGARI, PINTOR

"Atención pido al silencio y silencio a la atención."

Sean estos versos del *Martin Fierro* el poncho que me cobije en esta contienda y sea el viejo gaucha mi nudo tutular ahora que debo decir unas palabras de algo que es tan nuestro como un galope del pampero o una sangre de ceibo.

Al ser contemplador de los cuadros de Figari, experimento una doble y extraña satisfacción, acaso inculta, pero muy veraz: la de no ser pintor ni crítico de arte. Y con el viejo Fierro:

"Veré si a explicarme acierto entre gente tan bizarra..."

Ante las telas de este artista, mi corazón siente esa alegría retonza de niño que ha ido al campo con ropa vieja y puede correr a sus anchas, saltar alimbados, cacerse, sin temor a manchar o romper su traje nuevo. Los alambres de púa de los prejuicios pictóricos—que acibarían la sinceridad a uno de aquellos que ahora me congratulo en no ser—no intimidan ni traban mi emoción, que se ensancha en mi pecho como en la Pampa se hace grande el pampero. Gusto los cuadros de Figari con la misma intensidad primitiva que el niño de mi comparación goza de la libertad del campo porque su corazón late dentro del traje viejo, que no le priva de gustar su gusto. Acaso mi traje de ahora sea la ignorancia, ¡pero qué lindo es ser ignorante cuando se experimenta tan grande placer estético!

Mis ojos se han convertido en bazar de colores, y mi espíritu ha gozado glotonamente la delicia de saborear una cosa nueva, algo que nunca se le había brindado hasta ahora. La emoción de lo criollo, esa misma emoción que nos produjo el primer mate, fuerte y sabroso como un beso de novia.

Mis ojos, ávidos de vida nueva, han gustado la inmensidad nostálgica de la Pampa guiados por el pincel de Figari, que abre ante ellos, en el rectángulo de un marco aislador, una perspectiva de inquietudes nuevas. La perspectiva de la Pampa nuestra, esa Pampa, "sufrida y macha", que Borges ha visto con la eternidad de sus anteojos infinitos de poeta verdadero.

Figari me ha hecho sentir la Patria con más intensidad que todos mis profesores de historia. Nunca he comprendido mejor el sabor de lo nuestro, de lo criollo, que ante los cartones de este pintor. Sin querer, he gustado toda nuestra epopeya nacional, cosa jamás lograda por diez clases de historia argentina, dichas en un tono cansino de quien repite por centésima vez un incidente lejísimo, tono similar al trozo de los matutinos de los gringos que vienen a "hacerlos la América".

Si esta fué mi Patria—me he dicho—, qué lindo sería haber vivido entonces, para escribir hoy una historia que no fuera tan tonta como las que nos enseñan en la escuela desde primer grado y seguiremos escuchando hasta que no vayamos al otro barrio. ¡Pobre Patria! ¿Qué le hiciste a esos señores que escriben historias para que te pinte un niño, si fuiste tan linda? ¿Qué bien ha hecho Figari en decirnos la verdad! Y sobre todo hoy, cuando la mayoría de nuestros pintores nos han infectado de extranjerojismo, más o menos bueno, nuestra tierra. ¡Qué satisfacción encontrar un artista que sepa ver lo de casa con ojos de verdadero criollo! De criollo inteli-

The Vortex, por Noel Coward.
The Show Off, por G. Kelly.
At Mrs. Beam's, por C. K. Munro.
June and the Paycock, por Sean O'Casey.
Y no le bastó a Mr. Ervine su lista numerosa. Aun tuvo otro argumento malicioso. ¿Es que hay en París, preguntó a su amigo, alguien que pueda compararse al hombre venérable que nos dio últimamente *Santa Juana*? Mr. John Palmer defendió su causa: El sentimentalismo—ha dicho—es lo último que puede encontrarse en Lenormand, quien se afana cada día en perfeccionar una técnica que nos traerá innovaciones seguras en el teatro. *Doctor Knock* es una comedia de primera categoría, con un asunto de interés permanente, con una lógica y precisión admirables. Etcétera, etcétera. Una observación curiosa, también interesante por tratarse de este crítico, también veterano, autoridad también máxima en las columnas de *The Times* y en un tiempo, como decíamos, ardiente defensor de Bernard Shaw. Contesta así a la maledicencia de su amigo: "Santa Juana será probablemente la obra más importante que se escriba en nuestro tiempo, pero marca el fin, y no el principio, de una época. Es, sin duda, la más fina expresión del optimismo de su autor. El crítico autor francés que pudo haber escrito una obra de igual mérito, en los últimos cincuenta años, fué Henry Beque. Pero Beque no fué comprendido por su generación, no se preocupó tanto como Shaw de su momento, ni tuvo, sobre todo, críticos jóvenes y entusiastas como nosotros que le ayudásemos a combatir al público. Dejé, sin embargo, dos obras maestras, una de ellas *La Parisienne*, aunque absurda, la otra mucho mejor, como obra de teatro que *Santa Juana*. Y después de este juicio, bien curioso, Mr. Palmer da la lista de sus obras. Las elegidas son éstas, después de maltratar sañadamente las seleccionadas por su amigo:

Le Printemps des Autres, por J. J. Bernard.
Le Tent Rouge, por H. R. Lenormand.
Le Paquebot Tenacé, por Charles Vildrac.
Le Tournesol sous l'Arc de Triomphe, por Paul Raynal.

Tetes de Rechange, de Jean-Victor Pellerin.

Jean le Maufranc, de Jules Romain.

Le Chapelle Ardente, de Gabriel Marcel.

Le Marchands de Gloire, de Marcel Pagnol.

Le Cocu Magnifique, de Jean Crommelynck.

Por incluir la lista inglesa los nombres de Somerset Maugham y Noel Coward, absolutamente insignificantes para Mr. Palmer, éste incluye en la francesa, para cerrar su lista, los de Alfred Savoir y Sacha Guitry.

De manera que el público, ya a estas alturas de la polémica, puede ir formando a gusto sus preferencias, colocado en el bando que le haya convencido. Aunque es probable que ninguno de los dos, si no se olvida que de lo que se trata es de encontrar obras modernas. Como siempre que discuten dos ingleses, la razón suele tenerla un irlandés. Tal el caso de un tercero en discordia, Mr. Sidney Arnold, quien en su carta desde Dublin expresa, a nuestro juicio, la opinión más sensata de cuantas se han oído en la polémica. Dice así, para terminar: "La palabra 'moderna' suele tener distintas acepciones, según quien la emplea, quien la escucha y el país donde se pronuncia. Lo que Mr. Ervine, por ejemplo, llamaría una obra moderna de un autor moderno, inglés, acaso resultaría ya anticuada para un público alemán o checoslovaco. Si aquí se representara a Youshekevitch, a Gorki, a Jacob Gordon o a Sholem Asche, el público, y quizá los críticos, se escandalizarían. Y, sin embargo, estos autores ya han pasado. Más aún: Ernest Toller, Brennon o cualquiera de la moderna escuela dramática de la Europa Central sería denunciado aquí por revolucionario."

En Inglaterra, la gente cree que Noel Coward es un autor moderno, porque sus obras se presentan de una forma moderna. Usar esta palabra, sin explicar su contenido, dice muy poco al público ansioso de aprender algo concreto de la crítica."

CLAUDIO DE LA TORRE.

UNA R. T. E.

Bon en el Lyceum

(CONFERENCIA TELEFÓNICA)

por María Luisa Navarro

—Piissiiii... Rrr, tac; rrr, tac; rrr, tac; rrr, tac (cinco veces; las reglamentarias).

—¿Diga?

—¿Bon? ¿Bon-bon?

—Sí, señora, y usted...

—Permítame que guarde el incógnito; tengo forzosamente que hablarle; he de enviarle un resumen de nuestra conversación a Gecé; pero...

se me ocurre: si él, que es el director, se llama a sí mismo Gecé, ¿por qué no parodiarme llamándole Melé? Soy, pues...

—Bueno, señora Melé, no estoy para perder el tiempo con señoras; nunca sabe uno cómo terminan estas cosas cuando empiezan, y en este momento me siento inspirado; de mis pinceles está a punto de brotar...

—Un mono?

—No, señora; una mona, si usted quiere; una figura femenina.

—¿Aún no ha quedado escarmentado de las monas? Mire, no nos complique la vida a las mujeres; para eso se basta el profesor Ortega, que nos llama corzas. ¿A dónde van ustedes a ir a parar los binomios de pluma y pincel con tantas incursiones en la zoología femenina?

—Bueno, señora; supongo que tendrá muchos calceines que coser y algún puchero que espumar; no dejo escapar mi mona, como usted la llama, por satisfacer esa verborrea que le aqueja.

—Mire, Bon, Bon-bon, no se me ponga agriado, como esos bombones purgantes que los boticarios venden a las madres para que engañen a sus hijos, cuando ni el niño ni el boticario se engañan; sólo la madre...

—La Perla, señora...

—¿Reverencia; antes fué usted el que anduvo poniéndome un poco en evidencia, immortalizándome con un eterno gesto del que explica a Pestalozzi. Deje que mi indignación tenga algún derivativo.

—Vea, señora Melé como casi se me ha descubierto.

—No sea piliñ. Bon, que nos separan muchos metros de hilo y dos microfónos.

—Bueno! ¿Para qué me llamaba?

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

—¿Dios mío! ¿Ese retruécane! ¿Será pariente de Muñoz Seca?

—Señora, por caridad, no enrede más esta conversación. Tan digna dama es la condesa del Tajo, Presidenta honorable de una fundación piadosa titulada: "Protección al deseo de ociosidad holgada en la mujer." ¿No advierte usted, compa, en llamándome, concurrente a ese Club Jacobino, los fines de tan respetable institución? El padre José aconseja a las mujeres que se ocupen en zurrir calceines y en espumar pucheros. Como las pobrecitas mujeres que patrocinan la fundación "Protección al deseo..." etcétera, tienen todas criadas que guisan y a sus hijos metidos en buenos colegios de padres (padres espirituales, se entiende), o entregados a coloradas institutrices diplomadas que velan por su reinvidicación social y otras cosas buenas.

—¡Oh! Antes de contestarle, quiero preguntarle alguna cosa; mujeres y niños, en nuestro constante monólogo—dialogado—, no paramos de preguntar. ¿Quién es esa... mona, o si usted lo prefiere, esa figura femenil que está a punto de surgir de sus pinceles?

—No pertenece al Club femenino, al que, con justa razón, llama el padre José el Club Jacobino.

MUSICA

CONCIERTOS DE PRIMAVERA

Obras de Turina, Espá y Halffter.

por M. ARCONADA

El maestro Arbós, con su prestigio izado y firme, ha conseguido reanimar el mustio entusiasmo de los melómanos. Después de una temporada infuente, adversa, hastiadora y desalentadora, estos conciertos de primavera, apalancados de novedades, han sido recibidos con una atención extraordinaria. Y al fin, todos muy agradecidos al ilustre director de la Orquesta Sinfónica, que, a un mismo tiempo—y esta es la norma—, ha hecho un recorrido de homenaje a través de las sinfonías de Beethoven y ha traído al conocimiento del público esa contribución de obras nuevas, indispensable para que todo director se justifique ante la responsabilidad social y artística de su cargo.

Sólo cabe lamentar que estos conciertos, tan ponderados, sean conciertos de primavera en otoño. En el otoño de la temporada, casi sin posibilidades de ser ampliados, continuados. Reducidos a un cerco estrecho, acaban cuando más gusto de ellos se tiene y cuando, más despierto el fervor a la buena música—Debussy, Ravel, Falla, Halffter y la Séptima: ¿dónde un programa más sugestivo?—, el público se halla predispuesto a la comprensión.

Anticipamos a los organizadores el deseo de que en el próximo curso estos conciertos no sean de primavera, sino de temporada. Continuos, extensos, fecundos y ejemplares. Hay muchas cosas que hacer. Hay que dar, por lo menos, esa ofrecida audición de *Sacre du printemps*, de Stravinsky. Y por qué no el *Rey David*, de Honegger, ya conocido en todos los centros musicales del mundo? Sin olvidar, maestros ilustres, de los jóvenes compositores españoles, alborados de buenas promesas.

Hay en ella una seguridad de escritura, una maestría de tratamiento orquestal—difícil por la abundancia de planos sonoros—que maravilla. Y no sólo en un tiempo de ritmo preciso, como el minueto, sino en el final del Adagio, una de las partes más bellas de la obra, donde canta con abiertas frases toda la orquesta, se advierte la pericia y la abundancia de ideas del compositor.

La obra, fué dirigida por Halffter mismo, que al frente de la Orquesta Bética ya ha cursado estas difíciles disciplinas de la dirección. Y los solistas, a la altura de sus reputaciones. Maestro Arbós: gracias. Estos momentos de entusiasmo no los olvida uno nunca.

M. ARCONADA.

Libros que recomendamos a los amantes de la buena LITERATURA

- DE MARIO VERDAGUER
LA ISLA DE ORO (novela de pasión y de paisajes) 5 pesetas.
EL MARIDO, LA MUJER Y LA SOMBRA (novela Politécnica) 3,50 pesetas.
- DE M. D. BENAVIDES
LA NOVELA DE UN HOMBRE TIMIDO (Cándido, hijo de Cándido), 2.ª edición 3,50 pesetas.
DE HUB-ERTO PEREZ DE LA OSSA
VELETAS (libro de historias extraordinarias), 3 pesetas.
- DE PANAIT ISTRATI
KYRA KYRALINA (novela rumana), 3 pesetas.
MI TIO ANGHEL.
Pidalos a su Libro o a Editorial LUX-BARCELONA

¡Editores: "La Gaceta Literaria", es vuestro periódico, anunciad vuestros libros!



LA INFORMACIÓN PERIODISTICA

Oficinas de recortes de periódicos de Madrid, provincias y extranjero.

Recopila y suministra recortes de Prensa sobre cualquier asunto o personalidad.

Rodríguez San Pedro, 58.-Apartado 7.044

MADRID

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de aquellos que se nos remitan espontáneamente.

(Imp. E. Giménez, Huertas, 10, 12.-MADRID)

SIN EL NUEVO DICCIONARIO

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
EL SENSACIONAL

DICCIONARIO MANUAL
E ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

no podrá tener seguridad en su idioma. Es la publicación oficial que

DA LAS NORMAS OFICIALES PARA EL USO DE VOCABLOS DIFÍCILES, PLURALES ANOMALOS, VERBOS IRREGULARES, EXTRANJERISMOS, ETC.

4.000 dibujos

de los mejores dibujantes. 2.012 páginas. Lujosa encuadernación en tela, con lomos en oro.

20 PESETAS

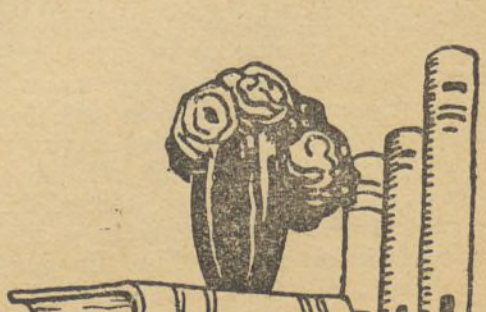
Todos estos libros se envían a reembolso en su librería y en

ESPASA-CALPE S. A.

(Casa del Libro)

Avenida Pi y Magall, 7.-Apartado 547. MADRID

BARCELONA: Cortes, 579



CINE

Lope de Vega y el cinematógrafo

por Antonio G. Solalinde

Me encuentro, desde hace un par de años, sumido en una de esas típicas Universidades norteamericanas, colocada en medio de una ciudad pequeña, donde todo oído ha de distraerse en el cine. Muchas veces, al volver de contemplar una película, resando todavía en los oídos el jazz del teatro, he de leer una comedia más de Lope para poder desmenuzarme en puntos críticos y exponerlos, al día siguiente, a mis discípulos su valor: ardua tarea para quien tenga conciencia y no quiera derramarse en una serie de adjetivos insensatos. Me parece entonces, con el libro de Lope delante, hallarme de nuevo ante la pantalla, con los ojos bien abiertos para no perder ningún incidente y no caer en confusiones de personajes y de hechos; y cuando ciervo el volumen, la película y la comedia se me confunden en una misma sensación.

Con temor intentaba exponer ante mis alumnos esa semejanza del cine y del drama español; pero cada vez se iba afirmando más en mi esa intensa analogía. Como buen profesor argumiento necesitaba para convencerlos un punto de apoyo, que en nuestro oficio ha de ser una cita autorizada. Y la cita llegó, firmada nada menos que por Menéndez Pidal, en sus estudios sobre la leyenda del Rodrigo, publicados en el *Boletín de la Academia Española* y en un último tomo de *Clásicos Castellanos*. Me hallo a muchas leguas, terrenas y marítimas, del lugar de toda discusión acerca de nuestros clásicos, y nada tiene de extraño que me entere tarde hasta de las opiniones de mi maestro. Creo que lo apuntado por Menéndez Pidal requiere un desenvolvimiento, no de esencia, pero sí de detalles, ya que las acostumbradas frases concisas y apertados juicios del maestro, no dejan resquicio para nuevas derivaciones.

Tomo a Lope como blanco, porque es más fácil ejercitar en él la puntería; mas, lo que de Lope se diga podría extenderse—con escasas restricciones o dilataciones—a todo nuestro teatro clásico. Además, Lope fué el inventor de la "comedia nueva", el que dió la pauta, el que fabricó los modelos y el que, acaso, perjudicó a sus seguidores, hombres más reprobados que el inventor mismo. No es necesario hacer la advertencia previa de que lo que se ha de decir en este artículo, con respecto al teatro y al cine, ha de entenderse con las imprescindibles variaciones de lugar y tiempo. La asombrosa productividad de Lope—que tantos eruditos alaban, sin apreciar que es la causa de todos sus defectos—puede equipararse a la inmensurable productividad de Hollywood. Cada semana nuestro teatro anunciaba una comedia nunca vista. Cada semana el extremo Oeste, del extremo territorio norteamericano una nueva película, que se esparce en todas las direcciones del globo. Esa productividad, ayer como hoy, había de ser pasto inmediato de una ansiedad ilimitada del público. Lope sólo producía tantos argumentos como los "Famous Players, Inc".

Los asuntos, renovados con ilusorias variantes de detalle, se repetían ayer y el se repiten hoy, y proceden de las mismas fuentes; pintura de la realidad, milagros, reconstrucciones históricas, novelas dramatizadas. La creación de nuevos "escenarios" llevó a Lope a la mecánica improvisación, y de las musas—que él mismo nos dice que encanalló—pasaban las comedias súbitamente al teatro. ¿Cómo pedirle obras pensadas a Lope? ¿Cómo pedirle a los productores de películas que cada minuto gastado son miles de dólares que podrían ahorrarse, cada día perdido son miles de dólares no cobrados. Y Lope nos dice también que trabajaba por dinero...

Lope de Vega tenía que satisfacer a la mediocridad, ajustarse a sus leyes, mucho más exigentes que las reglas aristotélicas, claudicar a sabiendas, ya que su arte era para la mayoría, aunque en esa mayoría entrasen los reyes y los grandes señores, junto a las inquietas mujeres de la casaca y los aspasenos mosqueteros del patio. Y el cine es para la misma mayoría, aunque en ella entremos los profesores juntos con el tendero de la esquina, el cargador de muelle o el picaresco estudiante—el tacto, señor don Antonio Espina, ejerce su función física en el "baño de obscuridad", y esa mayoría tiene sus gustos, que se conocen hoy en la taquilla con una precisión tan barométrica como debió serlo la actitud del público ante una nueva obra de nuestro teatro antiguo.

Si el teatro se escribe para la mediocridad, mediocre resultará. Shakespeare, Corneille, Ibsen escribieron para públicos más cultos o, por lo menos, más reducidos, y de allí arranca la diferencia de su obra; sacrificaron los vicios de sus contemporáneos, pero sus obras serían siempre contemporáneas como superiores. La comedia debió degradarse, en cambio, a espíritus como Góngora, como el mismo Cervantes, que ante la irrupción de la "fecunda Vega", encerró sus comedias y entremeses en el trasegado cajón de su mesa. Quizás Lope era superior a su público, pero se entregó a él con demasiada irreflexión e inconsciencia. Acaso tendría condiciones para haber sido un

excelente dramaturgo, pero las malgastó en el arroyo de la vulgaridad. En vida tuvo que pagar muchas de sus culpas: sus obras se modificaban de tal modo, que le era imposible reconocerlas; se atribuían a otros que no las habían escrito o se ponía su nombre en los engendros de los demás; y el público no conocía la mixtificación porque lo que le importaba era ver nuevas comedias. Ese anonimato de la comedia es el del cine; nos interesa la nueva película, y no preguntamos nunca quién escribió el "escenario".

Sin embargo, el nombre de Lope sonó por menudo, su fama se acrecentó ante el prodigio de tanta invención y la admiración que despertó es comparable a la que siente el pueblo por las estrellas de la pantalla. La vida de Lope, héroe popular, y sus escándalos amorosos, sólo se parecen demasiado a la vida de los famosos actores cinematográficos y a los divos escandalosos de Hollywood? El entierro de Lope, ¿no es el entierro de Valentino?

El arte de Vega Carpio sabía saciar el apetito de su público con unas "apariciones" de psicología en sus personajes, que un falso espejismo nos puede presentar como caracteres verdaderos, y que no son, en realidad, más que fantoches esquemáticos: la dama enamorada y guardadora de su honor, el caballero apasionado y vencedor de obstáculos, las figuras del donaire intensivas en sus recomendaciones casuísticas, el padre, el hermano, el marido, celosos de su fama. Todos iguales, dentro de una aparente variedad; todos conservando su recortada silueta de rasgos convencionales, que nos permitan no confundir a la dama con la criada, ni al señor con el escudero, pero perseguidos, diferenciaciones intrínsecas, no las encontramos; no será, por tanto, difícil distinguir a esta dama de aquella dama, a este enamorado de aquel enamorado, o a este gracioso del otro. Y lo mismo pasa en la pantalla: reconocemos, desde que aparecen, al traidor, a la heroína, al simple, al vencedor, por ser esquemáticamente inconfundibles.

Si de la intriga se trata, sabemos que por más vueltas que dé la acción, ha de concluir la comedia o la película con la victoria de los protagonistas. Ese deseo de concluir la acción a un final feliz es sintomático de la población cherría de Lope y del cine. ¿Dónde hallamos aquel precepto del "Arte nuevo de hacer comedias", que aconsejaba la ocultación del desenlace? Quien hubiera visto tres comedias de Lope sabía cómo había de terminar la que aquel día se estrenaba: en muerte beatífica, si de vida de santo se trataba; en casamiento múltiple, si de trama de amor; en asesinato, si de caso de honor; y no se clasificaba este asesinato como final desastroso: el marido ultrajado que es el héroe de la tragedia de celos, termina felizmente en carrera por el escenario, después de haberse vengado de la ofensa inferida, ya fuera real o aparente. Todos sabemos ya cómo terminan las películas: en un beso de los enamorados, que desaparecen bajo el sombrero del galán o la sombrilla de la doncella, o por el paulatino cierre del obturador; en un vencimiento de todos los enemigos, concertados por el valor del único héroe.

La manera de desenvolver el asunto: escenas simultáneas en diferentes lugares, rapidez de la acción, con las mismas palabras de Menéndez Pidal: "renovación súbita de impresiones entrecortadas, disparas y episódicas, sin querer desarrollarlas, sino sólo encomendarlas a la curiosidad e interés del espíritu, ensartadas en un hilo de unidad que atraviesa las mudables escenas"; eso era nuestro teatro y eso es el cinematógrafo, con la única diferencia de que en aquél, el público tenía que hacer un esfuerzo imaginativo para figurarse nuevos lugares de acción, y en éste, la fotografía nos sirve el nuevo escenario con toda su realidad o fantasía. Pero esa diferencia no obedece más que a una realidad de técnica escenográfica, que en el teatro, antiguo y moderno, no puede suplir.

Si al fondo del drama vamos, nos encontramos con una superficialidad de pensamiento que causa tedio. Hay problemas en el drama como los hay en el cine: la libertad de la mujer para escoger marido, los casos de honor, las pasiones en desencadenamiento, hasta podemos encontrar cierta moralización en el fondo de la obra o en los dichos de los personajes, pero profundo pensar, meditación, resoluciones individuales de acuerdo con las nuevas ideas, dignas de un hombre educado en el siglo XVI, no las encontramos. ¿Tiene razón Azorín al decir que la Inquisición es la culpable de esta falta, o la tiene Américo Castro al refutarle y decirnos que Lope no se salió del común pensar de su tiempo y nación? En cualquiera de los dos casos, la consecuencia es funesta. Lope no procuró ni siquiera emborzar su pensamiento, como lo hizo Cervantes, según nos ha demostrado Castro mismo en su libro, digno de todo encomio, sobre "El pensamiento de Cervantes". La presencia de ideales renacentistas hizo grande a Cervantes, de algunos de nuestros escritores picarescos, de Shakespeare, del teatro francés, y su au-

lencia hundió a Lope y a sus teológicos seguidores. Y eso mismo hace el cine: no dar en qué pensar, moralizar un poco, pero, sobre todo, entregar a la devoradora ansia del vulgo acción y más acción, vulgaridades y más vulgaridades. Aún podría indicar otros puntos de semejanza, y, entre ellos, destaco el valor arqueológico del cine y del teatro del siglo XVII. En los dos artes, es evidente. Tenemos que recurrir al teatro para nuestra historia del período que va desde Lope a Calderón, y nin-

guna historia futura podrá prescindir del examen de algunos cientos de películas de hoy, sobre todo si de la historia americana quiere enterarse. Lo único que el drama de Lope tiene sobre el cine ya lo ha señalado Menéndez Pidal con escueta clarividencia: el verso, la palabra, la dominadora—pero no dominada—fuerza de los vocablos a que Lope se entrega en cada comedia. Allí están sus chispas de genio, sus descripciones sonoras y pintorescas, sus acieros patentes aunque fugaces. Al cine no le falta la poesía pictórica—que es en la que sobresalta Lope—, no le falta la palabra, aunque sea escrita, pero está desprovisto del acento, de la intensidad de expresión, que se nos transmite por la voz del actor. Claro que el público va aprendiendo ya a leer en los labios, y es de ver el regocijo que le produce adivinar, como sordomudo, en la boca del histrión la frase oportuna: "Go to hell!" "¡Vaya usted al infierno!", y otras blasfemias inocentes, que aquí no se les permiten más que a los hombres de negocios. Mas, este es un placer de que no puede disfrutar sino el público de habla

inglesa, cuando de películas norteamericanas se trata; si se intensifica la producción de películas españolas, azorará también el espectador hispano de esta "delicada" invención. Se podría objetar que muchas de estas semejanzas provienen de ser el cine un arte derivado del teatro. En efecto; pero del teatro no ha tomado lo esencial, sino lo accesorio, lo mismo que le pasó a Lope en su dramaturgia. Podría compararse el cine con Shakespeare? Una obra cualquiera de éste pierde en la pantalla—he visto a *Hamlet*, a *Otelo* y a *Romeo y Julieta* moverse en la película como gesticuladores sin alma—, en cambio, si se "filma" una comedia de Lope, ganaría sin duda alguna.

El teatro de Lope, como el cine actual, es un arte secundario, un arte improvisado y, por lo mismo, efímero, un arte de valores relativos. No nos engañemos, y partiendo de este punto, estudiémosle como una producción llena de limitaciones. Hay que encontrarle un módulo que no sea el drama de Shakespeare o de Ibsen. Hay que hacer una defensa de él desde trincheras estratégicas. Desde ellas se defiende también el cine, y bien abundante es la bibliografía de su justificación; entre todos los libros dedicados a esta piadosa labor, ninguno mejor que el de Seldes, "The Seven Lively Arts" (Las siete artes vivas). Si nos empeñamos en aplicar al arte de Lope un divisor elevado, la crítica seguirá sufriendo el suplicio tantealeño de no poderlo aprehender.

ANTONIO G. SOLALINDE.

Madison, 1927.

M. AGUILAR
EDITOR

Marqués de Urquijo, 39 Teléf.º 31.012 Apart.º 8.011

MADRID

SE ACABA DE PUBLICAR

BERNARD SHAW

MATRIMONIO DESIGUAL

(Un volumen de 420 páginas, 7 pesetas.)

Los volúmenes que, traducidos por Julio Broutá, viene publicando esta editorial, integran, no solamente el texto dialogado de las comedias del genial irlandés, sino también, en toda su extensión, las originales anotaciones y curiosos prólogos y epílogos a los que Shaw, es tan aficionado, y en los que derrama todos los tesoros de su ingenio, el humorismo de sus paradojas, la causticidad de su vena satírica, la generosidad de sus sentimientos, la «vis cómica» de sus estructuras escénicas, su brillante filosofía y la impetuosa de su iconoclasmo.

VOLUMENES PUBLICADOS

I. COMEDIAS DESAGRADABLES: *Non Olet*. Fascinación. Trata de blancas.
II. COMEDIAS AGRADABLES: *Héroes*. Cándido. Lucha de sexos.—III. *HOMBRE Y SUPERHOMBRE*.—IV. *TRES COMEDIAS PARA PURITANOS*: El discípulo del Diablo. César y Cleopatra. La conversión del capitán Brassboud.—V. *VOLVIENDO A MATUSELAN*: En el principio. El Evangelio de los hermanos Barabas. La cosa sucede. Tragedia de un caballero entrado en años.—VI. *LA OTRA ISLA DE JOHN BULL*: La comandanta Bárbara.—VII. *EL DILEMA DEL DOCTOR*: El compromiso de Blanco Posnet.—VIII. *MATRIMONIO DESIGUAL*: La dama morena de los Sonetos. La primera obra de Fanny. (El precio de cada volumen es de SEIS pesetas, excepto el I. que vale CINCO, y el VII y VIII, SIETE.)

Pida el catálogo general ilustrado de esta Casa.

Crítica de conferencias

Olariaga y América.

En la Unión Iberoamericana ha dado don Luis Olariaga una de las conferencias más interesantes del ciclo organizado por dicha Institución.

Se llamó la conferencia "Algunas reflexiones sobre el porvenir económico de las naciones hispanoamericanas". Estas reflexiones fueron a base de estadísticas y clasificaciones sobre los productos de Hispanoamérica y su salida al mercado.

Olariaga dividió en tres grupos económicos toda Hispanoamérica. Los orientados al Norte, a Norteamérica. Los relativamente independientes. Y los europeos.

Olariaga demostró que para Europa es cada vez más arduo el contacto económico con Suramérica. En especial para España. La cual deberá servirse de su instrumento cultural para ayudar la independencia económica de las naciones suramericanas.

Fué una conferencia la de Olariaga extensa y documentadísima. Llena de guños nerviosos. De esos guños de neuropata, que tiene la coquetería Olariaga de lucir en su redonda y rozada cara de pelotari.

Lafora y "Don Juan".—Nuestro interés de escritores, algo satisfecho. El Dr. Lafora ha proyectado su foco científico sobre la gran figura literaria de Don Juan. Ha afirmado la realidad humana y presente de Don Juan. Ante un público de mujeres—Liceum Club—. "Don Juan, ustedes lo saben..."

Y las damas han soportado con admirable entereza la disertación—vigorosamente científica—del Dr. Lafora.

En primer lugar, crítica de las anteriores críticas o interpretaciones de Don Juan.

Luego, examen de textos indicativos de una tal psicología.

Después, reconstitución del auténtico héroe—nada del Don Juan alfeñicado y grotesco que fraguaron—complicidad tácita—Pérez de Ayala y Marañón.

Y, por último—para terminar—, una historia clínica. Un Don Juan cualquiera visto por el psicópata.

Resulta ejemplar la curiosidad polifacética de Gonzalo R. Lafora, tan en contraste con sabios oficiales provistos de antojeras. Y admirable la firmeza de su orientación, aun en terrenos resbaladizos y equívocos como éste de nuestro gran mito literario... Su gesto grave e indiferente. La longitud de sus alusiones. Todo.

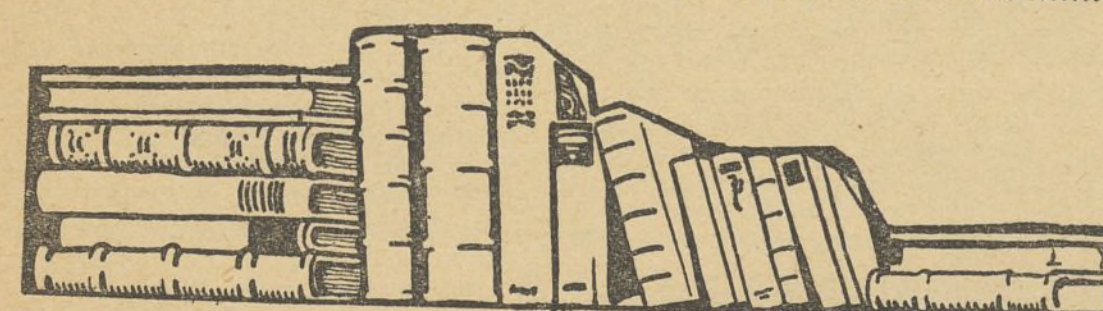
Desearíamos que siga por el camino emprendido. Su conferencia del Lyceum Club ha dado mucho que hablar. Y eso—siempre—es bueno.

El Prof. Jiménez de Asúa.—Una conferencia técnica, estricta, ceñida.

El Prof. Luis Jiménez de Asúa pone al rojo la varilla metálica—escucha—de su cientificismo, sin incurrir por eso—como hacen otros—en desproporcionados de mitin.

Casi más apasionante—en sus labios—la pugna de escuelas penales que la evocación de la figura—provesta ya, y claudicante—de Enrique Ferri, ávido ahora de cintajos para la solapa.

Asúa es un conferenciante que merece—y recoge—grandes aplausos.



LIBROS NUEVOS

	Pesetas.
CRESPO: Apuntes de Avicultura.....	8
DEKOBRA: Media noche... Plaza de Pigalle.....	5
QUIROGA: Los desterrados.....	5
QUINCEY: Los placeres y los tormentos del opio.....	3,50
FEDIN: Las ciudades y los años.....	3,75
JUARROS: Hogueras del odio.....	5
LEROUX: Rouletabille en las fábricas Krupp.....	5

EL MÁS GRANDE ÉXITO TEATRAL

JUAN DE MAÑARA

por

Manuel y Antonio Machado

El bellísimo drama puede saborearse en toda su belleza y forma en este libro. Pesetas 3,50

PIDA HOY EL INTERESANTE CATALOGO GENERAL DE LITERATURA ILUSTRADO POR BAGARIA

	Pesetas.
MAROTO: La Nueva España. 1930.....	3,75
MAROTO: Monografía.....	3,75
PERRET: La orientación profesional.....	6

ANTONIO PORRAS

HA OBTENIDO CON SU NOVELA

El centro de las almas

¡Premio Fastenrath. Es la más bella novela de Andalucía, dice Azorín. Es la revelación de un gran novelista de cuidado estilo, de gran profundidad de pensamiento. Un vol. 5 pesetas. Del mismo autor: *El misterioso asesino de Potestad*. 4 pesetas.

	Pesetas.
RIOJA: El libro de la vida.....	2
Treze fabliaux franceses.....	4
TROTSKY: ¿A dónde va Inglaterra?.....	3,75
VALERA: Daphnis y Cloe.....	5
VERONA: El infierno de los hombres vivientes.....	5
ZAMIATIN: El farol.....	4

El libro más sensacional del siglo

O. ESPENGLER

LA DECADENCIA DE OCCIDENTE

Cuatro tomos. Cada uno 9 ptas.

